

FUERA DE LO HUMANO NO HAY SALVACIÓN

FUERA DE LO HUMANO NO HAY SALVACIÓN

Proceso de humanización y de espiritualidad cristiana

**RAFAEL ANDRÉS LASSO CASTELBLANCO, SDB
GUSTAVO ADOLFO MAHECHA BELTRÁN**



PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

BOGOTÁ, D.C.

2011

FUERA DE LO HUMANO NO HAY SALVACIÓN

FUERA DE LO HUMANO NO HAY SALVACIÓN

Proceso de humanización y de espiritualidad cristiana

RAFAEL ANDRÉS LASSO CASTELBLANCO, SDB

GUSTAVO ADOLFO MAHECHA BELTRÁN

Trabajo de grado para optar al título de

Licenciados en Teología

Asesor

PROFESOR CARLOS JUSTINO NOVOA MATALLANA, SJ

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

BOGOTÁ, D.C.

2011

FUERA DE LO HUMANO NO HAY SALVACIÓN

A Dios,
por regalarnos la humanidad
y la posibilidad de la humanización.

Gustavo A. Mahecha B.

A Franco Loddo, SDB,
en sus 50 años de sacerdocio,
quien me ha enseñado a descubrir
El valor divino de lo humano.

Rafael A. Lasso C.

NOTA DE ACEPTACIÓN

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los estudiantes en sus trabajos de tesis, sólo velará para que no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales; antes bien, se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia.”

Reglamento General de la Pontificia Universidad Javeriana, Artículo 23 de la Resolución No. 13 del 6 de junio de 1964.

CONTENIDO

MARCO GENERAL

Justificación	8
Problema	10
Objetivo General	11
Objetivos específicos	11
Método	12
INTRODUCCIÓN	14
1. PRESUPUESTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA. DE LO HUMANO A LA FE	18
<i>1.1 Humanización - rasgos esenciales</i>	18
<i>1.1.1 Integralidad de la persona humana</i>	20
<i>1.1.2 Sexualidad humana</i>	23
<i>1.1.3 Corporalidad</i>	26
<i>1.1.4 Relacionalidad</i>	27
<i>1.1.5 Capacidad de amar</i>	29
<i>1.1.6 Libertad y acción humana</i>	31
<i>1.1.7 Fragilidad y posibilidad del mal</i>	34

1.2 Jesucristo: “el valor divino de lo humano”	37
1.2.1 <i>Palabra hecha carne</i>	39
1.2.2 <i>Vivir por y para el Reino</i>	41
1.2.3 <i>Presencia del Reino</i>	43
1.2.4 <i>La cruz como fidelidad al Reino</i>	46
1.2.5 <i>La resurrección como vida plena</i>	48
1.3 A manera de síntesis	49
2. FUNDAMENTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN PERSPECTIVA HUMANIZADORA	51
2.1 Espiritualidad cristiana - rasgos esenciales	51
2.1.1 <i>Vivir según el Espíritu</i>	53
2.1.2 <i>El seguimiento de Jesús</i>	57
2.1.3 <i>Acción de Dios encarnada en la historia</i>	59
2.1.4 <i>Praxis creyente</i>	60
2.1.5 <i>El amor como principio fundamental</i>	62
2.2 Interpretaciones erradas de la espiritualidad cristiana	63
2.3 A manera de síntesis	68
3. FUERA DE LO HUMANO NO HAY SALVACIÓN	70
3.1 Salvación creyente – rasgos esenciales	70
3.1.1 <i>Salvación desde la experiencia humana</i>	72

3.1.2	<i>Salvación en y desde la historia</i>	74
3.1.3	<i>Salvación como don gratuito</i>	77
3.1.4	<i>Salvación como vida plena</i>	80
3.1.5	<i>Jesucristo plenitud de la salvación</i>	82
3.2	<i>Humanización y salvación</i>	85
3.2.1	<i>Jesucristo modelo de humanización</i>	88
3.2.2	<i>Valoración de lo humano en el seguimiento de Jesús</i>	91
3.2.3	<i>Valoración de lo real y de la historia en el seguimiento de Jesús</i>	95
3.2.4	<i>La salvación como posibilidad para todo ser humano</i>	97
3.3	<i>A manera de síntesis</i>	99
	CONCLUSIONES	101
	BIBLIOGRAFÍA	108

MARCO GENERAL

Justificación

En la conciencia de muchas personas ha echado raíz la creencia de que la realidad humana y la experiencia cristiana tienen poca relación, o peor aún, son opuestas. Se asume, en muchos casos, que optar por la fe, por el seguimiento de Jesucristo y su apuesta por el Reinado de Dios, implica renunciar a posibilidades de realización plenamente humanas o simplemente negar la propia humanidad.

Esta idea distorsionada de la experiencia de fe cristiana ha sido fruto, en parte, de escasos procesos de formación humana y limitados procesos de evangelización. No se ha sabido presentar de manera integral la Buena Nueva de Jesucristo, que es esencialmente un proyecto de realización de la persona, de despliegue de todas sus posibilidades, de vida en abundancia.

Además, en diversos momentos de la historia de la Iglesia se han asumido posturas que proponían al ser humano una espiritualidad que olvidaba la condición humana de las personas. Se trataba de posturas, en donde la fe se hacía incompatible con manifestaciones propias de la naturaleza humana: la corporalidad, la sexualidad, la libertad, el placer, la autonomía y otras, que se enmarcaron bajo el estigma del lo pecaminoso, como rechazo a la acción de la Gracia y como realidades opuestas al plan salvífico de Dios.

Este tipo de corrientes de espiritualidad, posiblemente aún no superadas del todo, han desembocado en una vida cristiana que se ha venido asumiendo, en muchos casos, desde una esquizofrenia. Visto así, la fe no tiene ninguna incidencia en los procesos de realización humana de quienes se confiesan seguidores de Jesús. Optar por la fe, en este sentido, sería renunciar a ser completamente humano, percibirse como un ser humano incompleto, fraccionado y desintegrado. Seguir a Jesucristo, desde estas propuestas de

espiritualidad desencarnada, implicaría someterse a la tensión que genera el decidir entre asumir una propuesta de fe o buscar la realización como persona.

Pero también, notamos cómo el mundo experimenta vertiginosos y profundos cambios que plantean a las personas una serie de retos en todas sus dimensiones. La exaltación del sujeto, la afirmación de su libertad y las dinámicas de integración planetaria, son situaciones que favorecen el surgimiento de una nueva valoración de la persona, de su ser, de su papel en el mundo, de su necesaria relación con los demás y con Dios.

Las dinámicas mencionadas hacen insostenible y generan crisis en una propuesta de espiritualidad cristiana, que olvide aspectos esenciales de la naturaleza humana. Ponen de manifiesto su incapacidad para favorecer la unificación entre la experiencia de fe y la vida cotidiana en la que se concreta la existencia de la persona de hoy. Una espiritualidad de este carácter obstaculizaría la relación entre el proceso de maduración humana y la vivencia de la espiritualidad cristiana. Existe pues, la necesidad de correlacionar las mediaciones humanas y espirituales, desde una experiencia de fe que integre revelación y vivencia humana, para generar una espiritualidad cristiana humanizadora.

Se hace necesario devolver a la fe el rostro humano que le fue dado por Jesucristo, recuperar la encarnación, la humanización de Dios como la mayor expresión de la revelación de su designio salvífico. Se hace urgente integrar y unificar, en la vida de todo creyente, su proceso de humanización con su experiencia de fe como único proyecto de realización y salvación.

Problema

La humanidad camina hacia nuevas configuraciones culturales, sociales, económicas, políticas, religiosas, entre otras, que son expresión o síntoma de que nos enfrentamos a un cambio de mundo; no es sólo una época de cambio sino un cambio de época¹, que ha afectado al ser humano en todas sus dimensiones. Dentro de este contexto el creyente de hoy encuentra un campo propicio para asumir vitalmente la propuesta del evangelio desde su realidad humana.

Acogemos como válida la concepción de *espiritualidad* que es relectura del evangelio en el contexto actual, y que posee capacidad de significar globalmente, a partir de la unificación de gestos y actitudes que caracterizan la existencia cristiana. Este punto de partida lo asumimos con la intención de dar cuenta de la necesaria maduración progresiva en la identidad cristiana, dentro de la posibilidad de experimentar a Dios en el contexto de la propia vida.

Queremos pues, abordar el tema de la necesaria relación entre el proceso de humanización y la espiritualidad cristiana. Para ello, atendemos a preguntas como: ¿Qué define lo esencialmente humano de la persona? ¿Cuál es el núcleo de la espiritualidad a partir del cual podemos determinar su identidad?; si la experiencia religiosa verdadera es liberadora e integradora ¿cuál es la plataforma antropológica para ello²? y, si la espiritualidad es seguimiento que conlleva un proceso ¿cuáles son los itinerarios graduales y pedagógicos (significados, valores, actitudes y experiencias) para un creyente que busca hacer camino de seguimiento?

Es nuestra pretensión aportar elementos de comprensión para la vivencia de una experiencia, que posibilite libertad en la vida cristiana, por su paso de la integración

¹ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 54.

² Cfr. GARRIDO, Javier. *Proceso humano y gracia de Dios*. 68.

personal a la unificación creyente. Se trata de una experiencia que hace de la tensión entre ideal y realidad no un problema sino un camino.

Es necesaria entonces, la comprensión de una espiritualidad cristiana que favorezca la promoción humana integral. Esta tarea está por profundizarse y traducirse a la vida cotidiana, desde exigencias tales como llegar a una formulación, relativamente estable y compartida, de que la realización del proyecto cristiano implica el proceso de maduración y realización de la persona humana.

Es desde este horizonte que nos proponemos responder al interrogante acerca de: **¿EN QUÉ SENTIDO LO HUMANO ES CONDICIÓN NECESARIA PARA LA VIVENCIA DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA?** Lo haremos recurriendo a la reflexión teológica, en el campo de la antropología, la cristología y la moral.

Objetivo General

Profundizar la cuestión acerca del carácter humano de la vivencia de la espiritualidad cristiana, a fin de ampliar horizontes de unidad en el proceso de salvación para los creyentes.

Objetivos específicos

- Identificar las disposiciones humanas necesarias para la vivencia del proceso de la espiritualidad cristiana.
- Mostrar cómo en la persona de Jesucristo se soluciona la cuestión entre la humanización y la salvación creyente.
- Definir algunos rasgos que identifican la esencia de la espiritualidad cristiana y explicitar algunas interpretaciones erradas de la misma.
- Profundizar en el concepto de salvación en clave de humanización.

Método

Para esta investigación partimos de que la reflexión teológica cristiana ha de contemplar tanto lo epistémico (racionalidad), como lo misterioso (revelación), y por ello proponemos un acercamiento, desde la reflexión teológica sistemática, a la espiritualidad cristiana, para explicitar cómo en ella, es posible la integración y unificación del proceso de humanización y de vivencia de la fe.

Dado que el método (identidad) de la teología es hermenéutico, en cuanto interpretativo del gran texto de la revelación histórica de Dios (realidades y testimonios), y que el orden de creación es el único camino abierto hacia el conocimiento del orden de salvación³, este trabajo está orientado a asumir, como lógica comprensiva o racionalidad, la HERMENÉUTICA – CRÍTICA. Ella pretende ser expansionista a partir de la captación y comprensión del *sentido* del ser humano desde la revelación. Este método se concreta, en esta investigación, en el intento de elaborar una síntesis comprensiva a partir de la indagación de las condiciones de posibilidad de realización humana y cristiana en un único proceso.

Este enfoque tendrá como referente principal el evangelio que es Buena Nueva para el hombre (texto), que confrontado con la praxis creyente ubicada en la realidad (contextos), e iluminado por el seguimiento de Jesús (pretexto), permitirá sintetizar algunas cuestiones pertinentes al proceso de humanización y salvación en la vivencia de la espiritualidad cristiana.

Es así que, el ejercicio hermenéutico no es simple reproducción de los horizontes del texto, sino que es también producción de los horizontes existenciales de quien interroga.⁴ Por ello consideramos que en nuestra labor como investigadores, es fundamental aportar a la concreción de las realidades que vayamos interrogando, captando e interpretando.

³ Cfr. Parra, Alberto S.J. *¿Qué es investigar en Teología?*

⁴ Cfr. Parra, Alberto S.J. *Textos, contextos y pretextos*. 33.

En un primer momento intentaremos establecer algunos rasgos esenciales de la realidad humana, a partir de los cuales sea posible emprender un camino de acogida de la Gracia y el consecuente seguimiento de Jesús. Haremos luego, un acercamiento crítico a la espiritualidad cristiana, que nos permita identificar los rasgos esenciales que la caracterizan, así como identificar el peligro de algunas interpretaciones erróneas. Esto nos servirá de plataforma para establecer la relación de la espiritualidad cristiana con el proceso de humanización de las personas, dentro de su camino de realización y salvación.

Posteriormente profundizaremos en el concepto de salvación y los nuevos horizontes que plantea para el creyente de hoy. Finalizaremos argumentando, desde el desarrollo de los conceptos de integración y unificación, la necesaria relación del proceso de humanización con el camino de realización espiritual del creyente.

INTRODUCCIÓN

Quien rápidamente de un vistazo por la ventana que da al mundo, puede quedarse con la oscura imagen de una realidad evidentemente marcada por la muerte en todas sus manifestaciones: exclusión, pobreza, guerra, enfermedad, soledad, rencor, incoherencia, sinsentido, etc. Y al momento de señalar un culpable, todo parece indicar como primer responsable al ser humano. ¿Cuál es entonces el aporte de la fe en el Dios de Jesucristo en medio de este panorama?

El cristiano y el cristianismo creen, aman y esperan en Dios, pero también aman, creen y esperan en el hombre. La historia de la salvación es la lectura de la realidad hecha a la luz del Espíritu, y en ella es posible identificar un factor constante: el ser humano no se define por su fragilidad y su pecado, por sus errores y aberraciones, sino que su verdadera identidad se manifiesta cuando se dispone al amor de Dios. La acción divina, acogida libre y responsablemente por la persona, es capaz de totalizar su existencia, llenarla de sentido y sacar lo mejor que está guardado en su corazón, humanizándola y, a la vez, salvándola.

La salvación, como realización del hombre orientado hacia Dios, es llevada a su punto más alto en Jesucristo. En Él es posible hallar respuesta a todos los interrogantes del ser humano, pues es la Palabra hecha carne, en quien la plenitud divina es a la vez plenitud de humanidad. En el acontecimiento de la encarnación se nos revela el proyecto divino sobre el hombre como constante acción salvífica, en la que se elimina la distancia entre el cielo y la tierra, entre el Creador y la creatura, entre lo finito y lo infinito, entre lo contingente y lo Absoluto. En Jesucristo se nos muestra el rostro humano de Dios y el grado más alto de realización humana, la divinización de lo humano y la humanización de lo divino.

Por eso, los creyentes están llamados a iluminar con la claridad que brota de su fe, la noche oscura de esta realidad, con la firme convicción de que es posible un continuo amanecer. En medio de un ambiente de muerte, el creyente está llamado a testimoniar que el mal no tiene la última palabra, y que es posible seguirle apostando a la Vida. Ante el pesimismo que inmoviliza, el discípulo de Jesús puede devolver la esperanza en Dios y en el mismo hombre, no como falso optimismo, sino como verdad profunda que brota de su experiencia de ser salvado por el Padre en Jesucristo.

Esto es lo que, en el fondo, mueve el desarrollo de este trabajo: intentar acercarnos comprensivamente a nuestra fe y establecer algunas pautas de reflexión para percibir con mayor claridad el corazón mismo de la vida cristiana: Dios salvando permanentemente al ser humano desde lo que es y desde donde está. Hemos querido reafirmar, como lo han hecho muchos hombres y mujeres creyentes, que entre las búsquedas de realización humana, entre los anhelos más profundos del corazón de toda persona de buena voluntad, y el proyecto de Dios para el ser humano no hay contradicción, ni oposición, sino una clara continuidad y convergencia, que se abre a la plenitud de la existencia en comunión con el Padre Eterno.

Esta claridad estuvo presente en los padres de la Iglesia, como por ejemplo en Tertuliano y su profunda convicción de que en auténticamente cristiano se identifica con lo auténticamente humano; o en San Ireneo de Lyon, con su formulación: “la gloria de Dios es todo hombre que vive en plenitud.” El humanismo de San Francisco de Sales, el sistema pedagógico de San Juan Bosco, y las iniciativas de muchas otras personas de fe, suscitadas por el Espíritu Santo, han intentado mantener vivo este elemento esencial de la espiritualidad cristiana, que por la inspiración del mismo Paráclito, fue rescatado por el Concilio Vaticano II.

Como todos ellos, el auténtico cristiano cree firmemente en el ser humano, en sus posibilidades de bien, en su capacidad para acoger la acción de la Gracia que busca conducirlo a una vida según el Espíritu. Está convencido que lo que el hombre espera encontrar desde lo más profundo de su ser, es equivalente a lo que Dios quiere de él: la realización personal y comunitaria.

Pero esta verdad fundamental parece haber sido oscurecida y olvidada. De muchas maneras y en diversos niveles, constatamos una experiencia de vida cristiana que tiende a quedarse en el campo conceptual y “cúltico”, que muy poco toca la entraña existencial del creyente y es incapaz de generar una auténtica dinámica de conversión; una pretendida vivencia de la fe que mira con desconfianza algunas manifestaciones plenamente humanas como la corporalidad, la libertad y la sexualidad. Lo anterior nos lleva a una gran distancia entre la fe y la vida, entre lo humano y lo divino, que poco a poco se convierte en abismo: Hablamos muy bien de Dios, pero nuestro corazón está lejos de Él (Cfr. Is 29, 13)

Esto fue precisamente lo que denunció Jesús de los hombres religiosos de su tiempo: un ritualismo que hace infecunda la vida, porque no ayuda a que la persona conozca (experimente) el infinito amor de Dios que lo hace creatura nueva. En el Hijo de Dios, la fe se nos revela con una fuerza existencial tan grande, que es capaz de transformar todo desde dentro, especialmente la vida humana. Es un amor que saca de sí para ir al encuentro de Dios y de los demás.

Si en su esencia misma, la vida cristiana consiste en el seguimiento de Jesús como camino de salvación y encuentro con Dios, la fe no puede convertirse en obstáculo o en carga pesada, sino en posibilidad de alegre liberación existencial, en gozosa experiencia de plenitud. La auténtica espiritualidad cristiana está atravesada por la esperanza, por el amor, por la felicidad y por todo aquello que implica vivir a fondo y llenar de sentido el corazón y la vida toda del ser humano.

En el seguimiento de Jesucristo, creer involucra a toda la persona, y por lo tanto, la salvación, como paternal ocupación de Dios por el ser humano, busca enriquecerlo a partir del llamado a la vida, a la vez que rescatarlo de todo aquello que pueda limitar su proyecto de realización plena.

La vida cristiana no es un camino para escaparse de la realidad, por el contrario, es la mejor expresión del compromiso solidario con el mundo y con los demás. Según el ejemplo de Jesucristo, el cristiano descubre que Dios actúa no de arriba hacia abajo, sino de dentro hacia fuera, y por ello, como la levadura en la masa, se compromete con su realidad, tanto desde la puesta en marcha de sus posibilidades y potencialidades, como en la acogida de la Gracia para que el Reinado de Dios sea posible aquí y ahora, para que “todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad” (1Tm 2,4), a Dios mismo.

En la introducción al libro de Edward Schillebeeckx *Los hombres, relato de Dios*, aparece una sencilla anécdota, que en parte puede resumir lo que ha sido la intencionalidad última de este trabajo: *Dicen que un niño dijo una vez: Los hombres son las palabras con las que Dios cuenta su historia*. Precisamente, hemos intentado confirmar una intuición que desde nuestra experiencia personal de fe, viene siendo una constante, y la cual ha sido iluminada por los estudios teológicos: La vida de Dios se manifiesta en la vida humana, aún contando con su pequeñez y limitación, y por lo tanto, fuera de esta humanidad que nos es propia, es imposible comprender y experimentar la salvación. O en términos un poco más teológicos: en la profundidad del misterio del ser humano se manifiesta el profundo Misterio de Dios.

Intentemos entonces, captar y apostarle a la convergencia entre vida y evangelio, como clave para que el cristianismo sea significativo hoy; así tendremos una palabra, que desde la fe ilumine lo que vivimos, sentimos, anhelamos y buscamos en nuestro proceso de humanización, una Palabra de Dios para el mundo a través del ser humano con todo lo que éste es y con todo lo que está llamado a ser.

1. PRESUPUESTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA. DE LO HUMANO A LA FE

Al plantearnos la cuestión sobre la necesaria relación entre el proceso de humanización y de espiritualidad cristiana, en este primer capítulo nos daremos a la tarea de acercarnos a la realidad de la persona humana, intentando identificar y comprender algunos de sus rasgos esenciales. Precisaremos el aporte que cada uno de ellos hace a la construcción y realización del proceso de humanización, y desde una reflexión cristológica, intentaremos explicitar cómo, en la persona de Jesucristo, la realidad humana es asumida y plenificada cuando el ser humano sitúa su existencia en referencia a Dios y su Reinado.

1.1 Humanización - rasgos esenciales

Partimos de que nos hemos venido humanizando a lo largo de la historia. Pero ¿Qué estamos entendiendo hoy cuando hablamos de ser humano, de persona, de hombre, de humanidad, de humanización? ¿Qué pasos hemos dado a lo largo de la historia a este respecto, para poder argumentar ahora que fuera de lo humano no hay salvación? Son inquietudes que nos corresponde abordar para poder asumir, de la mejor manera, esta propuesta de trabajo humanizadora. Si pretendemos posteriormente aludir a la espiritualidad cristiana, consideramos necesario hacer mención de nuestra condición humana.

No podemos olvidar que es vigente un “modelo socio-cultural *antropocéntrico*, iniciado en la Edad Media y que será determinante en la Modernidad, *donde* el valor “hombre” se erige en criterio determinante de toda otra realidad, incluida la que llamamos espiritual o religiosa.”⁵ Que nos hemos humanizado, no hay duda; pero queremos avanzar más en el camino de humanización. Hagamos un ejercicio de reconocimiento de nuestros alcances, y planteemos un horizonte que nos posibilite proyectar una mejor vida humana, una donde

⁵ Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 24.

tenga cabida no sólo el bienestar material, sino también el sentido, la felicidad, la lucha cotidiana por un mejor vivir, por la salvación.

Sabemos que abordar a la persona significa tratar una realidad no plenamente reconocida, cuestionada y asumida. También que alrededor de la figura humana se han generado tabúes, mitos, leyendas, culpas, temores, silencios, prejuicios, y muchas otras interpretaciones que han ido acorralando al hombre y le han impedido vivir plenamente el proyecto de felicidad que le es propio y al que es llamado. En este tiempo importante en el que nos hayamos, lleno de posibilidades a favor de la madurez y el crecimiento humano en Dios, queremos aportar desde algunas consideraciones afines al *proceso*⁶ de humanización; y lo hacemos porque somos conscientes que ya “desde el siglo XIX, poco a poco, la sabiduría que ofrece la fe cristiana se refiere a la plenitud del hombre en su realización intramundana.”⁷

Al hombre lo percibimos de una y mil maneras y nunca completamente terminado por estar llamado siempre a ser más. A él en nuestra época, se le pretende entender y explicar desde diversas ciencias como por ejemplo la biología, la psicología, la medicina, la historia, el análisis de culturas, la filosofía, todas aquellas disciplinas que, en ocasiones, opinan de él como un ser desligado de Dios. Es cierto, de hecho, que hablar de la persona humana genera inquietud por la posible inabarcabilidad de su concepto, pero a la vez, vemos que es posible abordar dicha realidad así como lo hacemos con categorías como la verdad, la cual se construye a partir de una búsqueda de sentido en un proceso de vida relacionado y confrontado en contexto.

Como teólogos, estamos llamados a aportar a estas concepciones de hombre, asumiéndolo desde sus rasgos esenciales y universales, los cuales consideramos plataforma antropológica para la vivencia de la salvación cristiana. Por lo tanto, desde un

⁶ La persona está ligada de tal modo a sus condicionamientos naturales que sólo logra hacerse persona mediante la convivencia histórica con otras personas (acontecimientos, cultura, relaciones). La vida humana es temporal y, en cuanto tal, *Proceso humano y gracia de Dios*. Cfr. *Ibid.*, 78-79.

⁷ Garrido, Javier. *Evangelización y espiritualidad*. 22.

acercamiento al hombre y su realidad, intentaremos identificar y caracterizar aquellos rasgos esenciales que contribuyen a una vivencia gozosa y responsable de la vida humana. Nos referimos a la integralidad, la sexualidad, la corporeidad, la relacionalidad, la capacidad de amar y de actuar en libertad; todos ellos verdaderos caminos de humanización y de genuina felicidad, condicionados por la fragilidad que nos subyace como seres finitos.

Cada uno de aquellos rasgos, asumidos desde un común denominador donde

“humanizar, por encima de todo, significa tener claro que la persona es trascendente al cosmos y a la sociedad, que su dignidad es inviolable, que su libertad no debe ser reducida a medio para determinados fines (humanistas o religiosos) y, sobre todo, que solo ella puede ser llamada por Dios y tener una relación inmediata con Él.”⁸

Como síntesis teológica de estas líneas, podemos decir que, al ser creatura de Dios, la persona humana cuenta con posibilidades infinitas de desarrollo, así como con la necesidad eterna de construir la felicidad, entendida como realización personal y comunitaria. A la vez que, en su estructura, ella misma necesita vivir de acuerdo a un sentido que motive la decisión de amarse a sí misma, amar a los demás y dejarse amar por Dios desde la asunción de su Gracia y desde el adecuado cuidado del proceso de crecimiento humano. Argumentemos estas orientaciones de sentido, que necesitan realizarse en algunos rasgos concretos de la realidad personal, los cuales se convierten en puente efectivo hacia la consecución y acogida de la Gracia y de la salvación cristiana.

1.1.1 Integralidad de la persona humana

Refiriéndose a la relación entre alma y cuerpo, nos recuerda Javier Garrido que “la antropología filosófica y teológica ha tratado ampliamente este tema y ha elaborado nuevos

⁸ Garrido, *Evangelización*, 23.

modelos de comprensión de la unidad indisoluble que es la persona humana.”⁹ Por ello aludimos a algunas posturas que aportan a la integralidad del ser humano y que le posibilitan entenderse a sí mismo como autónomo en la búsqueda de su realización personal y comunitaria.

Iniciemos este recorrido, haciendo énfasis en la concepción clásica de hombre, donde se dio una distinción entre lo racional e irracional, la cual adquirió una importancia extraordinaria en el desarrollo de las culturas. Por ejemplo, “para la filosofía estoica, lo fundamental consistía en vivir de acuerdo con las exigencias de la razón humana, mientras que el placer y los deseos corporales eran los enemigos básicos de aquel ideal.”¹⁰ Con este tipo de reflexiones, notamos la necesidad de buscar la unidad de la persona, como respuesta frente a una propuesta antropológica de separación interna, que imposibilitaría lo que podríamos llamar una reconciliación con la propia vida y la de los demás.

También hacemos alusión a la distinción entre las siguientes expresiones, las cuales, responden respectivamente a la orientación del pensamiento griego y paulino. La primera, desde el espiritualismo, concibe que la salvación del hombre consiste en liberarse del cuerpo, mientras que la segunda, verdadera espiritualidad cristiana, pide la liberación del cuerpo. Hacemos esta precisión porque el hombre desde la perspectiva paulina no tiene un cuerpo, sino que es cuerpo, y por ello es unidad indisoluble, persona encarnada y abierta a la comunicación con el mundo, así como con los demás y con Dios.¹¹

A este propósito, es importante reconocer que en los testimonios bíblicos prevalece una concepción integral de la persona, donde cada parte conforma una unidad (Cfr., 1 Co 12, 12 ss.) Debe ser claro, en primer lugar, que desde el punto de vista de los semitas, propio de casi todo el Antiguo y Nuevo Testamento, el hombre no se puede considerar un compuesto de alma y cuerpo, como sí sucede en los criterios de la antropología griega. También que cuando se habla, al referirse a la persona, de alma, carne, espíritu o cuerpo,

⁹ Garrido, *Proceso*, 45.

¹⁰ López, Eduardo. S.J. *Simbolismo de la sexualidad humana*. 26.

¹¹ Cfr. Barbaglio, G. *Hombre*. 767.

nos ubicamos en un horizonte de comprensión pedagógico que enfatiza en condiciones posibles de ésta, en el sentido de que es “alma, carne, espíritu, cuerpo, es decir, respectivamente, ser vivo, sujeto mundano, caduco y mortal”¹² dotado todo él, de divinidad vital.

Así pues, mencionamos nuestra postura crítica frente al hecho de que se asuma a la persona humana desde un horizonte de comprensión espiritualista y tradicionalista, en el que “es el alma, o sea el hombre entendido únicamente como yo interior y espiritual, la que entra en relación con Dios.”¹³ El aporte que acogemos, y desde el cual queremos construir nuestra reflexión de salvación humana en Dios, es aquel donde la relación religiosa comprende al hombre en su totalidad y unidad, en su encarnación mundana constitutiva, en todo su ser.

Ahora bien, la fe católica coloca el amor de Dios en el centro de su vida, y a su vez considera que de aquel amor puede asumir algunos puntos esenciales para relacionarlos con la realidad del amor humano. Son ellos el eros que implica lo carnal, lo pasional, lo pulsional, lo erótico, lo placentero; y el agapé que se refiere a la donación, la oblación y la gratuidad. Cuando se intenta responder a la pregunta acerca de si el cristianismo ha destruido el eros, Benedicto XVI es claro al decir que considerándolo como necesitado de disciplina, de sanación y purificación, él es posibilidad de grandeza del ser humano. Así ni la carne ni el espíritu aman, sino que es la persona la que ama como criatura unitaria.¹⁴

Quede claro entonces que la persona humana es estructuralmente un ser mundano, posibilitado para la vivencia de la solidaridad con los otros, abierto a la trascendencia divina, un ser totalmente integral y con posibilidad de unificación creyente, propia de quien ha encontrado como centro unificador el amor, y quien busca su realización y la de su entorno. “Quizá la expresión más cruda del dualismo haya sido la separación entre natural y sobrenatural de los siglos anteriores a la renovación teológica del siglo XX.”¹⁵ Por lo anterior, aclaremos desde ahora, que en la teología actual no hay dos órdenes de

¹² Ibid., 763-764.

¹³ Ibid., 768.

¹⁴ Cfr. Benedicto XVI. *Encíclica Dios es Amor*. # 5.

¹⁵ Garrido, *Evangelización y espiritualidad*, 171.

realización como por ejemplo amor humano y amor divino o amor natural y sobrenatural, sino un único orden que se traduce en el ejemplo de Jesucristo a partir de su encarnación, el cual se orienta a “una sola historia humana llevada por Dios a la comunión con Él.”¹⁶

Si bien, hemos pretendido por varios medios, evidenciar el peligro del dualismo, no queremos caer en el otro extremo entendido como “*monismo*”¹⁷, el cual se manifiesta en creer que la unidad originaria de la persona humana se hace por crecimiento inmanente, o por una especie de evolución sabiamente trabajada de las diversas instancias que constituyen a la persona.

1.1.2 Sexualidad humana

Ahora afirmaremos algunas razones fundamentales sobre la sexualidad en su conjunto, como rasgo esencial de la humanización. Queda claro que partimos para ello de una concepción unitaria del ser humano, la cual valora su cuerpo y su espíritu como unidad que se enriquece mutuamente y que hace posible la vida, es decir, que lo valora desde un horizonte mucho más esperanzador que el de los griegos.¹⁸

Se trata ahora de aludir al significado y sentido de lo que podemos denominar como el eje transversal de nuestro ser: la sexualidad. Tarea que asumimos en coherencia con el proyecto de vida cristiano, a partir de una perspectiva integral como acabamos de argumentar. Tal búsqueda la haremos desde una postura en la cual se acepta que, si la sexualidad humana es vida y el objetivo de la vida es la felicidad, entonces la felicidad es el objetivo de la sexualidad, que es tanto impulso sexual genital como afectivo y espiritual.¹⁹

¹⁶ Ibid., 172.

¹⁷ Monismo es olvidar el carácter dramático del proceso de unificación personal. Garrido manifiesta la sospecha acerca de que, en la tendencia a criticar precipitadamente los dualismos tradicionales, se añora, a la vez, una unidad impersonal muy parecida a la nostalgia del seno materno, del paraíso sin conflictos. Cfr. Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 49-51.

¹⁸ Cfr. López, *Simbolismo*, 62.

¹⁹ Cfr. Novoa, Carlos. *Curso de Moral Sexual y Bioética*.

Nos acercamos a una sexualidad que como temática, llamada a salir de una separación esquizofrénica entre praxis y teoría, ha venido superando una concepción dualista de la persona y ha definido cada vez mejor su misión de ser vínculo de cercanía, de relacionalidad y de amor personal. Ella siendo tanto contenido como expresión, posibilita a la persona vivir de manera integrada, armónica y unificada, de tal forma que la capacita para acoger el propio cuerpo y la lleva a abrirse al Otro y a los otros desde el servicio creativo.²⁰

Para enfatizar en este aspecto de unidad de la persona humana, mencionemos que, tanto es cierto que el objeto de la sexualidad es la realización del ser humano desde la vivencia del principio del gozo y del placer (felicidad), como el hecho de que “Dios es el autor de la sexualidad (...) y nunca podrá ser perverso lo que ha brotado de sus manos y ofreció como un regalo a los hombres en aquella primera aurora de la creación.”²¹

La sexualidad, en el mundo de hoy, no tiene un rostro único y por ello es pluralista, pero cada vez más es concebida desde factores comunes tales como la unidad entre las diversas dimensiones de la persona y la continuidad en las relaciones. En ella es posible crear todo un universo complejo y dinámico en el que intervienen movimientos biológicos-corporales, psicológicos, sociales, espirituales, contextuales (cultura), entre otros que, enriquecidos mutuamente, generan vitalidad y pasión en el desarrollo de la existencia, la cual abraza todos los aspectos de la persona humana.²²

En este sentido nadie puede prescindir de la sexualidad, precisamente porque “ella designa las características que determinan y condicionan nuestra forma de ser masculina y femenina”²³, y porque en ella se enmarcan los componentes corporales, psicológicos y espirituales de la persona, los cuales especifican y diferencian el género de cada ser.

²⁰ Cfr. Autiero, A. *Sexualidad*. 1682 – 1693.

²¹ López, *Simbolismo de la sexualidad humana*, 28.

²² Cfr. *CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA*, # 2332.

²³ López, *Simbolismo de la sexualidad humana*, 43.

Recordemos que “la Gracia, que viene de arriba, no es una añadidura a lo humano, sino posibilidad de Dios al hombre dentro de su condición humana, posibilidad que lo trasciende encarnándose en los dinamismos de su finitud.”²⁴ Nos es claro que la sexualidad es para la vida y para el amor, pero también ha de serlo, que dichas realidades deben estar marcadas por la experiencia de la trascendencia.

La sexualidad es rasgo fundamental de la persona humana, en tanto realidad al servicio de la comunión y la comunicación en la relación consigo mismo y entre las personas, y por ello supone la responsabilidad de un amor comprometido, leal, fiel, estable y para toda la vida; lo que implica la totalidad de la persona que se entrega.²⁵ Además es una realidad donde resulta importante tener en claro que dentro de sus componentes está la energía, la decisión, la capacidad de enfrentar los peligros y la constancia en superarlos, al igual que la dedicación, el calor afectivo, la comprensión, la aceptación, la simpatía, el cariño.²⁶ Con lo cual constatamos que es precisamente contando con nuestra condición humana que podemos acceder a la vivencia de la salvación cristiana.

Nos resulta casi necesario mencionar y valorar que se ha desconocido relaciones entre categorías que aportan a la unificación integral de las personas, por lo cual, es tarea de la Iglesia ser cada vez más consecuente en sus posturas de acuerdo a los aportes que le hagan las demás ciencias.²⁷ De hecho, aunque el magisterio de la Iglesia ha dedicado amplia atención al tema de la sexualidad y de la corporeidad, resaltando especialmente su naturaleza dialogal, reconocemos que es necesario profundizarla cada vez más procurando nutrir y enriquecer los vacíos que pueda tener, y en ese sentido poder aportar como teólogos a la realización y salvación de la persona humana desde los criterios vividos por el mismo Cristo Jesús.

²⁴ Garrido, *Evangelización y espiritualidad*, 155.

²⁵ Cfr. Herrera, Silvio. *La Ética de la Educación*.

²⁶ Cfr. López, Salvador. *Sexo y vida consagrada*.

²⁷ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 62.

Justo aquí vemos pertinente aludir al aporte del Papa Benedicto XVI, quien con el ánimo de aceptar y responder al reproche que se hace al cristianismo, tildándolo de haber tendido a ser adversario de la corporeidad, tiene a bien consolidar la orientación de la fe cristiana y de la comunidad católica, que ha considerado al ser humano como cuerpo y espíritu. Él plantea estas realidades como aquellas que se compenetran recíprocamente para adquirir la nobleza del amor, y argumenta que cuanto más se encuentran eros y agapé, tanto mejor se realiza la esencia del amor.²⁸

1.1.3 Corporalidad

El mundo es amado por Dios y se ha erigido en referencia esencial de la mejor espiritualidad cristiana, para evitar precisamente el espiritualismo desencarnado. Reconciliarse con el propio cuerpo y sus necesidades es el presupuesto primero, en la postmodernidad, para construir una espiritualidad creíble.²⁹

Concientes que el ser corporal sitúa al hombre y la mujer en un contexto y los ubica en relación con él, que les permite manifestar su ser a otros y los abre a todo aquello que es exterior a ellos para captarlo y apropiarlo; ahora nuestra pretensión es estimular la sensibilidad y proponer la tarea de potenciar lo único concreto que poseemos: la corporalidad.

Nos orientamos desde esta perspectiva porque consideramos que sólo podemos comunicarnos y trascender a través de nuestro cuerpo, el cual además, conserva mutua relación con el símbolo por ser él reconocido como - rasgo - esencial para el ser humano. De hecho, es mediante el símbolo que nos resulta posible expresar en formas sensibles de nuestra existencia encarnada, aquello que tenemos en nuestro ser, en nuestra mente y en nuestra emoción. Es esta la dinámica propia de la vitalidad que nos es concedida y en la

²⁸ Cfr. Benedicto XVI, *Dios es Amor*, # 5. Cfr. Novoa, Carlos. *¿Qué es el amor?*

²⁹ Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 42.

que asumimos la complementariedad entre contenido y expresión, entre interioridad y exterioridad, entre sentido de vida y corporalidad, entre salvación y humanización.

El ser humano, que se ubica en la realidad y se pone en relación con ella mediante su ser corporal, se va descubriendo, se va comprendiendo y se va realizando en la medida que se abre, que sale de sí mismo. Su condición de corporalidad le permite hacer una verdadera experiencia relacional, que implica ponerse en actitud de apertura y de encuentro con quienes está llamado a compartir su existencia: con lo otro (las cosas), con los otros (personas), con el Otro (Dios). Cada encuentro del ser humano corporal es una posibilidad de autoconocimiento, ya que le permite reconocerse diferente y particular frente al otro, a quien también reconoce como único y diferente y por lo tanto con un valor propio.

No abordar este rasgo esencial de la persona, sería caer en el idealismo, desconociendo el componente concreto de su ser y su existencia en el tiempo y en el espacio; sería olvidar el suelo por mirar sólo al cielo. Este olvido implicaría de facto la grave negación de la encarnación, eje capital de nuestra fe.

Es por ello que reconocemos que la persona humana, ubicada dentro de unas coordenadas espacio-temporales definidas, con unas condiciones internas muy particulares, dotada de una corporalidad y con un entorno socio-cultural específico, puede entablar unas determinadas relaciones, hacer experiencia del mundo y abrirse a la realidad en donde le es posible realizarse.

1.1.4 Relacionalidad

“El hombre que es imagen de Dios, por constitución interna es también un ser social, una persona abierta a la relación y al diálogo; si se encierra en sí mismo, él se empobrece, se esclerotiza, se envilece y muere”³⁰ Ante esta apremiante llamada a unas activas relaciones humanas y fraternas, reconocemos nuestra necesidad y capacidad de relación. Este

³⁰ Fronsini, Giordano. *La fede e le opere*. 4. Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 24.

planteamiento se enriquece al señalar que desde diversas disciplinas y corrientes del pensamiento, se ha llegado a definir a la persona humana como un ser social, como un ser abierto a otros, como un ser intersubjetivo, como un animal político, como ser en relación.

“La apertura del hombre al mundo pertenece a su estructura ontológica: el hombre está abierto al mundo en virtud de su construcción fundamental de interioridad encarnada, de su unidad subjetivo-corpórea.”³¹ La vida misma sitúa al ser humano en un variado, complejo y rico campo relacional, en el que él puede desplegar todas sus posibilidades y en el que tiene la oportunidad de abrirse al mundo y sobre todo abrirse y encontrarse con los demás, de manera responsable, para ser sencillamente él mismo. No abordar este rasgo nos llevaría a despojar lo humano de cualquier posibilidad de trascendencia, inclinando la balanza únicamente hacia la condición material, finita y biológica de la existencia.

El hombre se puede abrir a las cosas, a las personas, al mundo, a sí mismo, y de allí a lo trascendente. Y este sentido relacional hace que cada experiencia posea un carácter personal, concreto, en el que se hace necesaria la participación de un sujeto particular, de una corporalidad capaz de manifestar su ser más íntimo. No es posible hablar de relación en sentido genérico, sino identificando a personas concretas, cuya corporalidad es “epifanía de nuestro interior personal, palabra y lenguaje que posibilita un encuentro.”³²

La relacionalidad está marcada, también desde el punto de vista de la sexualidad, por algunos movimientos necesarios para la realización de la persona humana. Ellos son complementarios y deben ser comprendidos dentro de un horizonte de alteridad, en el que se da un reconocimiento del otro como necesario. Dichos movimientos son: la genitalidad como constitución fisiológica del ser humano para ese encuentro; la psicología, como constitución estructural interna de la persona; y la espiritualidad, como aquella fuerza que llena de sentido la condición biológica y psicológica hasta trascenderla.

³¹ Alfaro, Juan. *Revelación cristiana, fe y teología*. 23.

³² López, *Simbolismo de la sexualidad humana*, 42.

1.1.5 Capacidad de amar

Hemos dado pasos en la comprensión de la misteriosa y profunda unidad del ser humano, el cual, como en el caso del amor, “nunca se da por concluido y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo.”³³ Respondiendo a dicha posibilidad de realización humana desde un proceso, demos una mirada a este rasgo fundamental de nuestra vida y humanización.

Cada ser humano, de manera conciente o inconciente, ha experimentado la realidad del amor. Algunos han vivido la infinita alegría de ser amados y amar; otros han percibido la ausencia del amor, pero en ambos casos, éste se percibe como algo fundamental y necesario para vivir en plenitud. Se trata de una realidad universal, en cuanto cada mujer y hombre está capacitado para el amor. Ama la madre, ama el padre, ama el hermano, ama el amigo, ama el esposo, ama la esposa; toda persona parece moverse entre la dinámica del amor - desamor.

*Nada hay tan fecundo en nuestra vida íntima como el sentimiento amoroso; tanto, que viene a ser el símbolo de toda fecundidad. Del amor nacen, pues, en el sujeto muchas cosas: deseos, pensamientos, voliciones, actos; pero todo esto que del amor nace como la cosecha de una simiente, no es el amor mismo; antes bien, presupone la existencia de éste.*³⁴

Nos ubicamos ante una realidad que nos desborda y que nos pone ante algunas inquietudes, a saber: ¿Cómo podríamos definir el amor? ¿Qué lugar ocupa dentro de la estructura existencial del ser humano?

Nos referimos a una dinámica donde se dan la gratuidad y entrega generosas, y en la que cada persona se esmera por ofrecer lo mejor de sí a favor del fortalecimiento de una relación determinada. En el caso de una relación de pareja, el único interés que mueve a

³³ Benedicto XVI, *Dios es Amor*, # 17.

³⁴ Ortega y Gasset, José. *Estudios sobre el amor*. 66.

ambos es el de fortalecer continuamente su vínculo mediante una constante entrega de sí al otro. “En el amor, basado en el don mutuo, se reconocen dos aspectos fundamentales: el compromiso por el futuro y la aceptación de la trascendencia.”³⁵

No se trata de un dar que desgasta y vacía el interior, sino de un ofrecimiento amoroso que se proyecta y que garantiza la continuidad de la relación. Por otro lado, esa continua apertura hacia el otro es posibilidad de crecimiento mutuo, pues cada quien se ve enriquecido y alimentado por la vida del otro, por lo más valioso que posee, su ser íntimo. “El amor se alimenta del don. Amar y ser amado son un único y un mismo acto, ya que el don hecho comprende al ser mismo en su totalidad indivisible, y es un don no tanto de lo que se tiene como de los que se es.”³⁶

Si tratáramos de caracterizar el amor, una primera evidencia es la indispensable condición de salir de sí mismo, de dirigirse hacia el objeto del amor. Se trata de un ir “del amante a lo amado,- de mí al otro- en dirección centrífuga.”³⁷ Aquí podemos apreciar cómo el amor es una etapa madura del desear, ya que si el deseo se caracteriza por una tendencia a atraer el objeto deseado hacia sí, como una fuerza centrípeta que ejerce una fuerza de atracción, en el amor la dinámica se complementa transformando el impulso egoísta con un impulso hacia fuera, en dirección del otro. Esta dinámica de fuerzas que acogen el amor a la vez que sacan de sí para el amor, son las que van garantizando la entrega, la gratuidad, la donación de lo que se es.

En segundo lugar podemos caracterizar el amor como experiencia de continuidad, en cuanto relación que vincula dos seres de una manera progresiva; “no se ama en una serie de instantes súbitos, de puntos que se encienden y se apagan, como la chispa del magneto, sino que se está amando lo amado con continuidad.”³⁸ Se trata de un constante fluir hacia el otro, de una acción ininterrumpida de ofrecimiento, de encuentro, de crecimiento, de dar,

³⁵ Galli, Norberto. *Educación sexual*. 536.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, 69.

³⁸ Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, 70.

o mejor, de darse; se trata de una necesaria retroalimentación relacional, en la que la reciprocidad garantiza la dinámica amorosa.

El salir de sí y dirigirse hacia el amado, más que un sentido físico, adquiere un carácter de comunión, de compromiso con la felicidad del otro, con su realización. El auténtico amor implica una renuncia a los propios intereses (egoísmo), para abrirse a la realidad del otro e intentar ser fuente de salvación para el amado. No se trata de un dar sin sentido, de una entrega porque sí, sino de una nueva comprensión de la existencia, en la que se descubre que la verdadera felicidad se encuentra no sólo dentro de sí, sino también fuera de sí, dando, dándose.

Finalicemos este acercamiento al amor recordando que

(...) si Dios es amor, y si Dios es el origen, intuimos que el amor es, entonces, la esencia de la realidad, la última palabra de la comprensión, el criterio definitivo del juicio. Comprenderla sería justamente alcanzar el misterio del universo, encontrar la llave del sentido, llegar a la fuente.³⁹

La realidad del amor entonces, pone al hombre frente al misterio de la vida, lo confronta con su sentido más profundo y a la vez lo impulsa a realizarse plenamente. Así cada ser humano está llamado a vivir en el amor, a realizarlo en cada uno de sus gestos, a transformarse y transformar la realidad según el amor, a dejarse transfigurar por él, a humanizarse por él y gracias a él.

1.1.6 Libertad y acción humana

Misterio fue, en efecto, desde siempre el hombre. Pero, si en algún punto se concentra ese misterio, es precisamente en la libertad. Por la libertad, el hombre se experimenta capaz de lo más alto: del sacrificio, del altruismo, de la creatividad...;

³⁹ Torres Queiruga, Andrés. *Recuperar la salvación*. 31.

*por ella se sorprende a sí mismo como capaz de lo más bajo: de la degradación, del abuso, de la destrucción...*⁴⁰

Abordemos este tesoro inmenso que es confiado a cada ser humano y el cual sorprende grandemente tanto a quien lo descuida como a quien decide cultivarlo desde el ejercicio y experiencia de la humanización.

La libertad es uno de los elementos fundamentales de la antropología en cuanto es a partir de ella que el ser humano expresa en sus actos y omisiones, cuanto ha ido formando en su conciencia y durante el ejercicio de construcción de su propia personalidad. Ella se concreta a lo largo de las diversas búsquedas de la persona y tiene que ver con movimientos reales, tales como la vivencia de la voluntad, la responsabilidad, la razón y la asunción o no de las consecuencias del obrar humano; todos aquellos, movimientos condicionados por la variabilidad de los deseos humanos, por las circunstancias, los anhelos y demás elementos propios de quienes nos movemos en el tiempo y el espacio, guiados también por normas éticas y morales.

“El hombre (...) tiene que vivir dolorosamente dividido entre la aspiración ideal y la posibilidad real, entre lo que hace y lo que sabe que debería hacer”⁴¹ ¿Tiene esta libertad, relación con la autonomía? Naturalmente que sí, pues en el ejercicio de la libertad influyen muchísimos elementos como la reflexión, la crítica y la decisión, los cuales aportan para la vivencia de un rasgo tan importante de la vida humana como el que traemos a nuestra labor académica y el cual hace parte de “los dinamismos de la estructura autónoma de la finitud”⁴²; y sobre todo tiene que ver con la autonomía porque “no somos robots con múltiples funciones, sino sujetos encarnados en cuerpos conscientes y dotados de libertad, es decir, personas humanas.”⁴³

⁴⁰ Torres, *Recuperar la salvación*, 160.

⁴¹ *Ibid.*, 40.

⁴² Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 49.

⁴³ *Ibid.*, 121.

Reconociendo como inherente a la humanidad esta experiencia de libertad, notemos cómo “la historia indica que las épocas de mayor vitalidad espiritual son aquellas en las que el diálogo cultural es mayor y más fluido”⁴⁴, y es a propósito de esta constatación que podemos asumir un principio antropocéntrico de la modernidad en donde tienen mucha importancia la autovaloración y la libertad interior de la persona.⁴⁵ De hecho “las circunstancias de vida del hombre moderno en el aspecto social y cultural han cambiado profundamente, tanto que se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana.”⁴⁶

Como hemos planteado, es claro que la humanidad camina hacia nuevas configuraciones de la realidad, que son expresión o síntoma de que nos enfrentamos a un cambio de mundo y que afectan al ser humano en todas sus dimensiones. Dentro de este contexto, el creyente está llamado a asumir vitalmente la propuesta del evangelio desde su realidad humana y de manera especial, desde la libertad y la responsabilidad que le es confiada frente al mundo y sus relaciones.⁴⁷

Más aún, al ubicarnos frente a las orientaciones de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* podemos decir que ella misma acoge la importancia del humanismo cristiano, y se manifiesta en elementos concretos donde reconoce que “somos testigos de que nace un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por su responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia.”⁴⁸

⁴⁴ Ibid., 23.

⁴⁵ “El hombre es una persona libre, dotada de conciencia responsable, capaz de conocer la verdad y de discernir el bien, pero capaz también de equivocarse y, por tanto, necesitado de ayuda, de formación; su dignidad está por encima cualitativamente de cualquier otra realidad física y biológica. Su valor es trascendente. Su deseo de perfección y de infinito le capacita para el servicio y el amor” En:<http://conferenciaepiscopal.es/index.php/actividades-jornadas-ensenanza/433-manifiesto-por-la-educacion-integral.html>. Consultado el 16 de Abril de 2011.

⁴⁶ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 54.

⁴⁷ “Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí a la tierra y a cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero., reconociendo a Dios como creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo” *Ibid.*, # 34.

⁴⁸ Cfr. *Ibid.*, # 55. “Dios no actúa sólo “desde fuera”, en la zona espiritual, sino también “desde dentro” y “desde abajo”, es decir, desde el crecimiento humano, desde los procesos humanos de maduración.” Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 89.

Para profundizar en este rasgo esencial de la vida humana nos encontramos con que “el hombre tiene la experiencia irrenunciable de la *libertad*: al revés que la piedra, la planta o el animal, el hombre sabe que su destino no se le da hecho, que depende de él, y que puede orientarlo en una dirección o en otra.”⁴⁹ Visto así, el ser humano dotado de libertad, está llamado a reconocerse partícipe activo en la construcción de la vida, de las relaciones, de su sexualidad, de su corporeidad, de su cultura, de su contexto, de su historia y demás elementos propios de la existencia; de tal manera que pueda llegar a ser lo que está llamado a ser, así como aportar cuanto pueda a la construcción de un tejido social libre y comunitario, el cual está en sintonía con los valores del Reinado de Dios.

“De ahí la paradoja cristiana: la acción de la Gracia, (...) posibilitando a la persona humana la vida divina, se realiza siempre haciendo lo humano más humano.”⁵⁰ De hecho “hoy decimos que la gloria de Dios brilla en la dignidad de la persona humana y que su proyecto salvador consiste en la humanización”⁵¹, lo cual aplica para cada uno de los rasgos aquí descritos, de manera especial a este de la libertad, el cual vivido desde el ejemplo de Jesucristo, resulta ser un criterio fundamental para la realización del amor liberador, de la realización personal y comunitaria en contexto.

1.1.7 Fragilidad y posibilidad del mal

Si bien hemos dicho que como seres humanos siempre estamos llamados a ser más, y que somos seres llenos de posibilidades de realización, también queremos aludir a un rasgo esencial de nuestra humanidad, el cual es entendido como condición de fragilidad. Reconocemos su importancia en el conjunto de la vida, pues es por él que nos hayamos diariamente frente al reto y a la tarea de ser mejores, desde la opción por el desarrollo de nuestras cualidades y dimensiones, como respuesta al llamado de Dios a la salvación.

⁴⁹ Torres, *Recuperar la salvación*, 160.

⁵⁰ Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 48.

⁵¹ *Ibid.*, 49.

Recordemos que todo en el mundo, en cuanto cosas creadas, experimenta la finitud y fragilidad, y por lo tanto está sometido a la posibilidad del mal, “se trata de la estructura radical, de la esencia íntima de lo finito.”⁵² Aquello que se refiere a la finitud y a lo temporal, está sometido al deterioro físico, al desgaste, al envejecimiento y a los choques de la interacción con las diversas fuerzas presentes en la naturaleza, y por ello “un mundo finito necesariamente tiene que presentar desajustes.”⁵³ Tanto más, se podría hablar de un *mal físico*, al que corresponden todas las maneras en que se afecta la vida por las dinámicas propias de las leyes naturales: enfermedades, terremotos, inundaciones, etc.⁵⁴

Anotemos ahora que, desde la humana experiencia se percibe otra posibilidad de mal, y es aquella que se genera desde la equivocación en el ejercicio de la libertad. Pero como hemos dicho en otras palabras, la persona aunque forma parte de la creación, y por lo tanto está expuesta a la finitud física, es elevada, por su conciencia, por encima del instinto y las leyes naturales, y por lo tanto tiene la capacidad de hacer opciones, de decidir, de asumir o rechazar la manera en que se relaciona con la totalidad de la realidad. Cuando en el ejercicio de la libertad, dichas relaciones afectan negativamente la realización personal y la realización de los demás, es entonces cuando se genera lo que podríamos llamar el *mal moral*.⁵⁵

Precisamente, el ser humano, en cuanto ser creado, está sometido a la finitud, y por lo tanto experimenta la fragilidad como posibilidad del mal tanto físico como moral. La enfermedad, el fracaso, la equivocación, la muerte, la injusticia, son concreciones del mal como posibilidad de la propia condición de fragilidad. Una negación de esta realidad de

⁵² Torres, *Recuperar la salvación*, 101.

⁵³ *Ibid.*, 98.

⁵⁴ “Al nivel físico, en un planeta como la tierra, que se va construyendo a través de un largo y complicado proceso geológico, resultan inevitables las catástrofes que tanto nos conmueven a veces; por eso tiene una explicación causal, aunque ello nada reste al inmenso dolor humano producido. A nivel de la vida, la cadena inexplicable que la constituye, por fuerza a de sostenerse a base de las más tremendas contradicciones: las plantas viven a costa de descomponer los minerales, los animales a costa de todos, y nada más imposible que escapar a esta cruel realidad.” *Ibid.*

⁵⁵ “A nivel moral, allí donde parece una libertad infinita, allí se planta la sombra negra del fallo, la imposibilidad de la pureza perfecta, el tormento del egoísmo insuperable.” *Ibid.*, 99.

limitación y su consecuente posibilidad del mal físico y moral, sería una negación de la realidad humana, de su condición de creaturalidad, de ser en el mundo.

“El mal es una manifestación necesaria de la limitación y de la interna contradicción de lo finito.”⁵⁶ No se puede pretender concebir una persona sin fragilidad y sin tendencia al mal, pues ello implicaría la eliminación de la finitud, condición propia de nuestra existencia; más aún, implicaría una negación de lo que es el ser humano en sí. No es concebible un mundo que creado sea infinito y perfecto, luego no cabe la posibilidad de una comprensión de la humanidad como perfecta e infinita. Lo posible es una perfectibilidad de la vida humana como camino de realización y plenificación que se abre al infinito, ya que “todo ser creado está trabajado por la tensión dramática entre lo que es y lo que tiende a ser.”⁵⁷

Por lo anterior, consideramos que estamos llamados a crecer en la manera de comprender la fragilidad de la existencia, la cual no es una carga, sino una posibilidad y un camino de búsqueda profunda de sentido, de plenitud. Dicho rasgo no es condenación inevitable al mal, sino tensión que puede ser integrada, orientada y unificada en el proceso de realización. Es precisamente esta condición de finitud la que nos debe movilizar hacia la distinción acerca de que la existencia del ser humano no está determinada por el mal, sino que más allá de las propias limitaciones personales, la vida misma se abre a horizontes de eternidad, pues “se percibe siempre a sí misma, en su más íntima autenticidad, como ansia insatisfecha de ser en plenitud, como dolorosa inadecuación entre su tendencia infinita y su realidad finita (Blondel).”⁵⁸

Considerando, como hemos dicho, que Dios realiza grandes acciones a través de mediaciones humanas y espirituales, y de acuerdo a esta serie de constataciones, será labor nuestra como teólogos, repensar la necesaria correlación de dichas mediaciones desde la experiencia de fe que integre salvación y vivencia humana para, a partir de ello, explicitar la originalidad y la autenticidad de la espiritualidad cristiana.

⁵⁶ Ibid., 98.

⁵⁷ Ibid., 104.

⁵⁸ Ibid.

Por ello, así como hemos procurado hacer una relectura de la persona humana, nos corresponde ahora orientar nuestro pensamiento y nuestro ser existencial hacia Aquél que es la fuente de cuanto pensamos, hacemos y vivimos: Jesucristo. También a Él daremos una mirada que ayude a profundizar la cuestión acerca del carácter humano de la vivencia de la espiritualidad cristiana, con el fin de ampliar horizontes de unidad en el proceso de salvación para los creyentes.

1.2 Jesucristo: “el valor divino de lo humano”⁵⁹

Hemos visto cómo la realidad humana se nos presenta compleja, rica en matices, dinámica y en algunos puntos hasta contradictoria y paradójica. Y aunque nuestro acercamiento ha intentado trazar algunos rasgos esenciales, somos conscientes que, como queriendo hallar el origen de una fuente de agua, por más que excavemos nunca llegaremos al fondo. La persona sigue siendo para todos nosotros un misterio inabarcable, una constante pregunta y una búsqueda siempre vigente.

Y es en esta constante indagación sobre sí mismo, que el creyente se descubre frente a Jesús de Nazaret, quien es el centro de su fe, el punto de referencia de su actuar y el camino que está llamado a recorrer. En la persona del Hijo de Dios, la pregunta empieza a hallar respuesta, la búsqueda se encuentra con la verdad y el misterio se desvela. “En realidad, el misterio del hombre no se aclara de verdad sino en el misterio del Verbo encarnado”⁶⁰, ya que en Jesucristo, Dios ha querido mostrar a la humanidad qué es lo realmente esencial en la existencia de cada persona y a qué está llamado cada uno, desde su particular camino y proceso de realización. Por ende Jesucristo es plenitud de humanización.

⁵⁹ La expresión se inspira en el texto titulado *El valor divino de lo humano*. Jesús Urteaga Loidi. Ed. Rialp, Madrid, 1969.

⁶⁰ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 22.

Con claridad afirma el Concilio Vaticano II que “la verdad profunda acerca de Dios y de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Cristo.”⁶¹ ¿Qué es entonces lo que nos ha sido comunicado en Jesucristo? ¿Qué nos ha mostrado Dios en su Hijo? ¿Qué ha querido revelarnos de Él y de nosotros mismos? Responder estos interrogantes nos exige un intento de acercamiento comprensivo, por lo menos básico, a la persona de Jesús, a su mensaje, a sus gestos y signos, a su misterio de hombre y Dios, para poder orientar nuestro camino de reflexión.

“No se puede pasar por delante de Cristo y quedarse indiferente, porque con Cristo se decide la suerte de cada hombre.”⁶² Acercarse a Jesucristo es por tanto, ser testigo del encuentro íntimo entre la humanidad y la divinidad, es dialogar con la Palabra de Dios dirigida a cada uno de nosotros, Palabra con un rostro concreto, Palabra pronunciada en la historia y la realidad para comunicar a todos la salvación como don gratuito del Padre, a la espera de ser acogido y asumido por los hijos.

Ubicados en nuestro tiempo, afectados por una realidad particular y siendo hijos de una cultura, nos sentimos movidos a responder la pregunta del Señor siempre actual: ¿Y ustedes, quién dicen que soy yo? (Mc 8, 27- 29). No pretendemos agotar este interrogante, pregunta siempre abierta e infinita, como infinita es la identidad de la persona que la formuló a sus contemporáneos 20 siglos atrás: “El Jesús real no está a nuestro alcance, ni lo estará nunca.”⁶³ Pretendemos hallar luz, la claridad que brota del misterio de Jesucristo que, estamos convencidos, puede iluminar la comprensión de nuestra humanidad de cara a Dios.

Finalmente, si es la persona del Señor quien determina la existencia del creyente, en cuanto que “al definir a Cristo nos estamos definiendo a nosotros mismos”⁶⁴, “es pues esencial y necesario, para vivir auténticamente la fe, conocer profundamente a Jesús, el Cristo, el

⁶¹ Concilio Vaticano II. *Constitución Dei Verbum*. # 2.

⁶² Boff, Leonardo. *Jesucristo el liberador*. 15.

⁶³ Meier, John Paul. *Un judío marginal*. Tomo I, 48.

⁶⁴ Boff, *Jesucristo el liberador*, 46.

Hijo de Dios hecho hombre, amarlo entrañablemente y seguirlo radicalmente.”⁶⁵ Veamos, entonces, algunos aspectos nucleares que nos ofrece la reflexión cristológica, y que serán otra mediación para intentar avanzar en nuestra apuesta por explicitar cómo en lo humano hallamos un valioso recurso salvífico desde el seguimiento del Salvador.

1.2.1 Palabra hecha carne

*Como muestra de modo claro el Prólogo de Juan, el logos indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial a él: La Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios. Pero esta misma Palabra, afirma san Juan, se ‘hizo carne’ (Jn 1,14); Por tanto, Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros.*⁶⁶

El acontecimiento de la Encarnación es así, revelación del mismo Dios, es identificación de lo divino con lo humano, es encuentro entre el Creador y la creatura, en el que “la eterna juventud de Dios penetró este mundo para nunca más dejarlo.”⁶⁷

En Belén, “ese frágil niño no era (...) un don - nadie, sino el mismo Dios hecho condición humana, que de tal modo amó la materia que quiso asumirla, y de tal modo amó a los hombres que quiso ser uno de ellos a fin de liberarnos, que se humanizó al objeto de divinizarlos.”⁶⁸ Encarnación, en este sentido, no es tomar un empaque o ponerse un disfraz; es ante todo asumir, hacer propio, tomar para sí, y esto implica en un primer momento actitud de cercanía. Este aspecto quedó claramente señalado en el texto del Cuarto Evangelio, al afirmar que la Palabra, que se había hecho carne, “*habitó entre nosotros*” (Jn 1,14). No es posible encarnarse desde la distancia, ella implica una condición

⁶⁵ Peressón, Mario, SDB. *Jesucristo Evangelio de Dios para la humanidad*. 6.

⁶⁶ Benedicto XVI. *Exhortación Apostólica Postsinodal Verbum Domini*. # 7.

⁶⁷ Boff, *Jesucristo el liberador*, 187.

⁶⁸ *Ibid.*, 185.

de encuentro, de cohabitación, de acercamiento a partir del cual se es afectado por aquella realidad que se quiere hacer parte de sí.

En Jesucristo, Dios se manifiesta plenamente a la humanidad (epifanía), pero lo hace a partir de la misma condición de la persona: desde una existencia concreta que se abre a la plenitud. “Así, Dios se hizo visible a través del hombre Jesús y, desde Dios, se pudo ver la imagen del auténtico hombre.”⁶⁹

“La profesión de fe en Jesucristo como el hijo de Dios es un resumen que expresa lo esencial y específico de toda la fe cristiana”⁷⁰, ya que, en el Hijo, el Padre nos reveló su rostro, que es el rostro del hombre que vive en plenitud, y para ello compartió plenamente nuestra condición creatural, asumió nuestra temporalidad, recurrió a nuestro lenguaje y echó mano de los símbolos e imágenes de su cultura para hacerse entender, experimentó a fondo la humanidad. Jesús de Nazaret supo comprender el corazón del hombre de su tiempo y supo sintonizar con sus anhelos más íntimos, porque precisamente asumió la totalidad de la condición humana para conducirla hacia Dios, para salvarla.

El Hijo de Dios, por su Encarnación, se identificó en cierto modo, con todos los hombres: trabajó con manos de hombre, reflexionó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad humana y amó con humano corazón. Nacido de la Virgen María, es verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, excepto el pecado (Cfr. Hb 4,15).”⁷¹

La encarnación de Dios en Jesucristo no se limitó a asumir un cuerpo, sino que fue ante todo introducirse en la realidad para conocer el corazón del hombre y de esa manera comprender sus búsquedas, sus preocupaciones, sus tendencias, y así poder trazarle un camino de salvación.

⁶⁹ Ratzinger, Joseph. *Jesús de Nazaret*. 7.

⁷⁰ Kasper, Walter. *Jesús el Cristo*. 267.

⁷¹ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 22.

“La encarnación de Dios no significa simplemente que Dios se hizo hombre. Quiere decir mucho más.”⁷² Dios se hizo cultura, se hizo lenguaje, se hizo temporalidad, se hizo fragilidad, para mostrarnos que sólo desde lo que somos, en apertura a Él, es posible la salvación. Es muy dicente y sugerente que la máxima revelación de Dios a la humanidad se realice en el acontecimiento de la Encarnación, ya que es una manera de poder comprender lo que Dios es en su esencia: vida, cercanía, acción, historia, plenitud.

1.2.2 Vivir por y para el Reino

‘Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios; convertíos y creed la Buena Noticia’. Con estas palabras describe el evangelista Marcos el comienzo de la vida pública de Jesús y, al mismo tiempo, recoge el contenido fundamental de su mensaje (1,4s).⁷³

Un primer dato ante el cual debemos confrontarnos es la razón última de la existencia de Jesús. Con claridad percibimos que “Jesús no hizo de sí mismo el centro su predicación y de su misión. Jesús se sabía, vivía y trabajaba desde algo y para algo distinto de sí mismo (...) La vida de Jesús fue una vida des-centrada y centrada alrededor de algo distinto de sí mismo.”⁷⁴

No nos encontramos ante alguien que se señala a sí mismo, sino que el profeta de Nazaret señala un horizonte de sentido, indica una realidad nueva, intenta conducir a un camino. En último término, lo que Él busca es comunicar una experiencia que ha vivido en los más profundo de su ser y se ha convertido en convicción, en razón última, en centro unificador. “En los evangelios, lo que es central en la vida de Jesús aparece expresado con dos términos: Reino de Dios y Padre.”⁷⁵

⁷² Boff, *Jesucristo el liberador*, 74.

⁷³ Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, 73.

⁷⁴ Sobrino, Jon. *Jesucristo liberador*. 95.

⁷⁵ Ibid.

Desde su condición de hombre concreto, Jesús percibe la realidad de Dios desde una original experiencia de Paternidad que engendra vida y que se realiza en la cercanía, el servicio, el cuidado y el amor. Jesús muestra que la persona está inevitablemente abierta al Absoluto, a Dios que impregna soberanamente la totalidad de su realidad. El Reino de Dios es la manera como el Señor expresa ese horizonte de sentido, esa nueva realidad, ese camino al que quiere conducirnos.

Pero dicha experiencia que se identifica y comunica como Reinado (sentido dinámico) de Dios no es de un carácter intimista o ahistórica. “Para Jesús, Dios no es una realidad que pudiera no relacionarse con la historia ni la historia con él, sino que esa relación le es esencial al mismo Dios.”⁷⁶ La soberanía de Dios tiene un carácter trascendente que se realiza en lo concreto de la existencia, “una unidad dual, un Dios que se da en la historia o una historia que llega a ser según Dios.”⁷⁷

Por lo tanto, cuando se reconoce que el centro unificador y definitivo de la existencia de Jesús fue el Reinado de Dios, se hace referencia a que todos sus gestos, acciones y palabras estaban encaminados a revelar al ser humano que la acción divina acontece permanentemente en nuestra historia, en lo concreto de la propia existencia, penetrando cada rincón de la realidad. “El Reino no puede ser reducido a este o aquel otro aspecto, porque lo abarca todo: el mundo, el hombre y la sociedad; la realidad toda debe estar transformada por Dios.”⁷⁸ El Reino es la manera de comprender y expresar a un Dios presente, cercano y actual, que acontece en la totalidad de la historia y la realidad, y lo orienta todo hacia Él.

⁷⁶ Ibid., 97.

⁷⁷ Ibid.

⁷⁸ Boff, *Jesucristo el liberador*, 96.

1.2.3 Presencia del Reino

El Reinado de Dios, como acción constante y actual de la Divinidad en la totalidad de la realidad, se manifiesta en lo concreto de la vida y responde a todas aquellas situaciones que afectan el camino de realización del ser humano orientado hacia Dios mismo. En Jesús, la acción salvífica se concreta en el entramado de relaciones que el ser humano establece y desde el que le es posible realizarse o limitarse. Por tal motivo, su encarnación es asunción plena de la condición humana desde la cual abre el horizonte soteriológico.

Al experimentar plenamente la humanidad, el Hijo de Dios sabe que “el ser humano sólo se hace plenamente tal entrando en relaciones dinámicas de amistad y amor, de enemistad y odio, de dominio y subordinación con otros seres humanos.”⁷⁹ Por lo tanto, la experiencia de salvación es experiencia de encuentro y apertura hacia el otro y hacia Dios, a partir de la cual se dinamizan y plenifican todas las posibilidades de humana realización. Es la totalidad de la persona, con sus sentimientos, acciones, gestos, corporalidad y cultura, la que se relaciona con la realidad, y es por lo tanto desde lo que se es, que cada uno se aleja o se compromete con la realidad y con el proyecto de Dios.

Los más destacados dichos de Jesús sobre la presencia del reino contienen referencias a destacadas acciones de Jesús que comunican o simbolizan esa presencia. Como hemos visto repetidamente, no es posible separar las palabras y acciones de Jesús en dos paquetes de información.⁸⁰

El Jesús del evangelio nos presenta su Reinado como don de salvación en la realidad, cuyo origen está en un Dios comprometido con la historia. El Hijo de Dios construye dicho Reinado con sus actitudes (Mc 1,39), cambia la historia y se deja cambiar por ella, porque percibe la voluntad de su Padre como compromiso con la realidad. Denuncia las situaciones opresoras sin olvidar lo definitivo y absoluto, y es partidario de los últimos y

⁷⁹ Meier, *Un juicio marginal*, Tomo III, 25.

⁸⁰ *Ibid.*, Tomo II, 534.

oprimidos con una clara conciencia de salvación, entendida como realización de la existencia convertida-orientada a Dios.

“El Reino de Dios afecta, en primer lugar, a las personas, a quienes se les exige conversión. Conversión significa cambiar el modo de pensar y de actuar al modo de Dios (...), lo que urge ahora, por consiguiente, es abrirse a Dios.”⁸¹ Por lo tanto, lo que dinamiza este camino de conversión es la transformación de las relaciones, las cuales deben estar reguladas, no por los criterios humanos que suelen ser opresores, sino por los del Padre. Toda la predicación de Jesús: parábolas, discursos, diálogos y sentencias, buscan explicitar cuál es la verdad frente a las relaciones que deben caracterizar la existencia de un ser humano inserto en la dinámica del Reino.

Las curaciones constituyen parte de los gestos con los que Jesús quiso significar la irrupción del Reino en la historia humana. Pero aunque “no hacen real el reino de Dios en cuanto transformación estructural de la realidad, sí son como sus clamores y ponen en la dirección correcta de lo que será el reino en el advenimiento.”⁸² Estos signos expresan que la salvación es ante todo sensibilidad de Dios a las necesidades más urgentes de la humanidad, son acción transformadora y liberadora de la totalidad de la persona, son resignificación de su dignidad y devolución de su lugar en la comunidad.

Estos signos no tienen por finalidad mostrar el poder de Jesús como Hijo de Dios, ni impresionar a su público para que lo siga. Sus acciones y gestos, identificados como “milagrosos”, ante todo buscan expresar su reacción y solidaridad ante el dolor y el sufrimiento humano, son una muestra de la sensibilidad de Dios frente a quienes experimentan algún tipo de limitación que los excluye, los margina y los deshumaniza.⁸³

El Padre es el Dios del Reinado porque es misericordioso, amor radical y originario, un Dios encarnado porque es sensible. Es un Dios diferente al dios de los opresores, que

⁸¹ Boff, *Jesucristo el liberador*, 78.

⁸² Sobrino, *Jesucristo liberador*, 123.

⁸³ Cfr. *Ibid.*, 125.

busca establecer la justicia y el derecho de los pobres, que promueve la vida. La realización del Reino, en Jesucristo, es compromiso con todos los hombres, solidaridad y preocupación por el otro; es perdón, servicio, amor, apertura. Es desde esta praxis vital que es posible percibir y comprender con mayor facilidad al Jesús comprometido con el Reino y su mensaje, y a la vez acercarse al Dios que Él quiso manifestar. “Con el modo en que habla del ‘Reino de Dios’, Él conduce a los hombres al hecho grandioso de que, en Él, Dios mismo está presente en medio de los hombres, que Él es la presencia de Dios.”⁸⁴

De esta manera, el Reinado de Dios no es un concepto etéreo, sino que es el resultado de la constante acción salvífica de Dios plenificada en el Hijo, que es acogida libremente por cada hombre y que se concreta en un orden de vida, personal y social, en el que se asumen unos valores determinados. Esta experiencia se entiende como una realidad viva y actual, enmarcada dentro de las condiciones propias de la existencia; es la manera en que Dios va transformando al ser humano y va mudando la realidad en la que se encuentra, según su lógica, que es la lógica del amor, de la liberación, de la apertura a lo definitivo, de la humanización; en último término, es la dinamización de la salvación.

El Reinado de Dios, como una dinámica presente y permanente, es la manera en que cada uno de nosotros va asumiendo vitalmente los criterios del Señor en el desarrollo de su existencia, movidos para ello, por los valores y actitudes presentes en la persona de Jesús. “Lo que salva es el amor, la aceptación del otro y la total apertura a Dios (...) Cristo intentó con todas sus fuerzas crear las condiciones necesarias para que irrumpiera el Reino de Dios como transformación absoluta de la existencia humana”⁸⁵, pues “la llegada del reino de Dios en Jesús significa la salvación del hombre en cuerpo y alma, y esta salvación se ofrece a todos y a cada uno, con tal que se conviertan y crean.”⁸⁶

⁸⁴ Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, 73.

⁸⁵ Boff, *Jesucristo el liberador*, 89.

⁸⁶ Kasper, *Jesús el Cristo*, 117.

1.2.4 La cruz como fidelidad al Reino

Ya hemos visto que la apuesta central de la existencia de Jesús fue el Reino, entendido éste como una transformación de la realidad, como una reestructuración del mundo de acuerdo a los criterios de Dios, lo cual implica una conversión personal y comunitaria. Pero dado que la acción divina acontece en la historia concreta, está limitada por los obstáculos que en ella misma se encuentran. La Buena Nueva de Dios a la humanidad se ve contradicha por los condicionamientos sociales, políticos, culturales y religiosos en los cuales están insertos los hombres y mujeres de su tiempo. Pero por encima de las limitaciones, la irrupción del Reinado sigue adelante, y el profeta de Nazaret se mantiene firme y coherente en su tarea, aunque ello implique la muerte.

La respuesta hostil de quienes se oponen a la llegada del Reino se concreta en la persecución de Jesús y su muerte en la cruz. “Jesús sabía que Herodes, el sanedrín y los romanos tenían poder para dar muerte y que la persecución contra él podría llevarle a ello. Sin embargo, se mantuvo firme en la persecución, lo cual confirma su fidelidad a Dios y la ultimidad de su misericordia hacia los hombres.”⁸⁷ “La muerte no fue ninguna catástrofe que sobreviniera repentinamente en la vida de Cristo”⁸⁸, sino la consecuencia de mantenerse fiel al proyecto que el Padre le había confiado: señalar el camino de realización de la vida humana: la apertura a Dios y a los demás.

*Jesús, por tanto, sufrió la persecución, sabía por qué la sufría, y a dónde podía conducirlo. Y esa persecución, en cuanto conscientemente asumida, da la medida de su fidelidad a Dios. Le muestra como un ser humano que no sólo anuncia la esperanza a los pobres y anatematiza a los opresores, sino que se mantiene en ello, a pesar de la persecución, por ser ésta la voluntad de Dios.*⁸⁹

⁸⁷ Sobrino, *Jesucristo liberador*, 259.

⁸⁸ Boff, *Jesucristo el liberador*, 124.

⁸⁹ Sobrino, *Jesucristo liberador*, 260.

La fidelidad de Cristo implica a la vez la inminencia de la muerte, ante la cual no se paraliza, sino que sigue promoviendo la dinámica soteriológica con su vida, con su presencia. La cruz se ve iluminada por Jesús mismo, en cuanto “su mensaje, su vida y su muerte forman una profunda unidad.”⁹⁰ Lo anunciado se ve realizado en la persona del crucificado, ya que “sólo mediante la pérdida verdaderamente absoluta de todo poder externo, del ser despojado radicalmente en la cruz, la novedad se hacía realidad.”⁹¹ La confianza en el Padre, la esperanza en el Reino, la negación de toda opresión, la entrega generosa y gratuita hasta el extremo y el amor sin límites se palpan en la muerte en la cruz, en la cual “su muerte llegó a ser la otra cara de la venida del reino de Dios en el amor.”⁹²

La muerte de Jesús no se nos revela como el aferrarse tercamente a una idea personal, sino como la coherencia vital con el proyecto salvífico del Reino y con la convicción de que estaba correspondiendo a la voluntad del Aquel que lo había enviado.

*El sentido universal de la vida y la muerte de Cristo radica, por consiguiente, en que sobrellevó hasta el final el conflicto fundamental de la existencia humana, que consiste en pretender realizar el sentido absoluto de este mundo delante de Dios, a pesar del odio, la incomprensión, la traición y la condenación a muerte.*⁹³

Para Cristo, ni la persecución, ni la muerte son capaces de limitar la acción redentora de Dios en la vida y la historia de la humanidad, antes, por el contrario, son la posibilidad de llevar al extremo la originalidad y autenticidad del proyecto de salvación.

⁹⁰ Boff, *Jesucristo el liberador*, 124.

⁹¹ Ratzinger, Joseph. *Jesús de Nazaret. Segunda Parte*. 201.

⁹² Kasper, *Jesús el Cristo*, 201.

⁹³ Boff, *Jesucristo el liberador*, 131.

1.2.5 La resurrección como vida plena

La centralidad del Reino en la existencia del Hijo de Dios es llevada hasta las últimas consecuencias: hasta la cruz. Es la convicción de la necesidad y de la inminencia de la transformación de toda la realidad por la acción divina, la que lo mueve hasta el límite de la muerte, pero ¿hasta allí llega el alcance de su vida y su mensaje?

“Jesús anunció al mundo un sentido absoluto, consistente en la liberación absoluta de todas las alienaciones que estigmatizan la existencia humana: liberación del dolor, del odio, del pecado y, finalmente, de la muerte.”⁹⁴ La apuesta de Jesús por el Reino no consistía en un mejoramiento de la realidad, sino en una transformación desde dentro, un cambio estructural capaz de generar un nuevo orden de vida en coherencia con la voluntad del Padre. En este sentido, “la resurrección es la verificación de su anuncio de liberación total, especialmente con relación al dominio de la muerte. La resurrección significa la concreción del Reino de Dios en la vida de Jesús.”⁹⁵

“La resurrección significa la escatologización de la realidad humana, la introducción del hombre, cuerpo- alma, en el Reino de Dios, la total realización de las posibilidades que Dios puso dentro de la existencia humana.”⁹⁶ Los anhelos más profundos del corazón humano, asumidos por Jesús en el acontecimiento de la Encarnación y que hallaron eco en sus acciones y predicación, se hallan resueltos en su exaltación. En el Cristo glorioso, se evidencia la realización de la salvación que Él mismo había anunciado; en el Jesús resucitado, el Padre ratifica la convicción que había sido el centro de la existencia de su Hijo: el destino del hombre es la plenitud de la vida, la cual es posible desde una apertura y acogida vital a la acción de la Gracia, que acontece desde dentro de la propia realidad.

⁹⁴ Ibid., 133.

⁹⁵ Ibid., 134.

⁹⁶ Ibid., 147.

Así como el Jesús terreno, el que vivió en Nazaret, el que anunció que el Reino era inminente y murió en la cruz fue totalmente plenificado, fue resucitado, de igual manera, para quien acoge el Reino se abre la esperanza de una nueva vida, de una transformación total de su existencia según el plan de Dios. El resucitado se identifica con el crucificado ya que “conservando su identidad de Jesús de Nazaret, se manifiesta totalmente transfigurado y plenamente realizado en sus posibilidades humanas y divinas.”⁹⁷

“La resurrección de Jesús significa no sólo la aceptación y conformación definitiva de Jesús, sino también su incorporación a la comunión de vida y amor con Dios.”⁹⁸ La resurrección es la plena realización de la vida de Dios en la vida del ser humano, es llevar hasta el extremo su proyecto de salvación y realización, es asumir plenamente todo lo humano hasta divinizarlo, ya que “en y por Jesús, el amor de Dios se vuelca ahora irrevocablemente hacia todos los hombres.”⁹⁹

1.3 A manera de síntesis

La realidad humana se nos presenta como el complejo resultado de una serie de interacciones y dinámicas vitales, que se ponen en juego en cada momento de la existencia, y que abren a cada persona a un amplio horizonte de posibilidades de realización. Lo auténticamente humano no se define por un solo rasgo, sino que implica una realidad integral, que se expresa en el crecimiento simultáneo de nuestras diversas dimensiones: la sexualidad, la corporalidad, la relacionalidad, la capacidad de amar, la libertad y la misma fragilidad... todos ellos, rasgos desde los cuales se manifiesta la gran riqueza y misterio de la humanización.

Hemos concretado una plataforma antropológica sobre la cual se apoya la existencia de la persona, y la cual es asumida por el Hijo de Dios, en quien el proyecto humano se ve plenificado por la apertura y disponibilidad a la acción divina. Mostramos cómo el

⁹⁷ Ibid., 134.

⁹⁸ Kasper, *Jesús el Cristo*, 257.

⁹⁹ Ibid.

acontecimiento de la encarnación, es la clave de comprensión que explicita la continuidad entre las búsquedas humanas de realización y el proyecto salvífico de Dios, en cuanto todo lo auténticamente humano es la vez posibilidad de humanización y salvación. Allí notamos una total identificación de la divinidad con la humanidad, a la vez que la posibilidad de superar las limitaciones de la propia condición humana a tal punto que alcancemos cotidianamente la realización en Dios desde la acogida de la Gracia.

2. FUNDAMENTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN PERSPECTIVA HUMANIZADORA

Habiendo establecido la relación de continuidad y novedad entre la existencia humana y la apertura de aquella a la acción y proyecto divino, nos damos a la tarea de identificar y caracterizar las implicaciones que trae dicha relación en la comprensión y vivencia de la fe para el creyente. Todo con la intención de evidenciar la necesaria convergencia entre el proceso de realización humana y la experiencia salvífica creyente.

Por otra parte, con la intención de enfatizar en la necesidad de una experiencia creyente que asuma la totalidad de la realidad humana, abordaremos algunas interpretaciones erradas de la espiritualidad cristiana, que tienen a su base una comprensión dualista o fraccionada del ser humano, y que terminan deformando el verdadero rostro de la vida cristiana, a la vez que desvirtuando la esencia misma del evangelio.

2.1 Espiritualidad cristiana - rasgos esenciales

La afirmación de la apertura del ser humano a la trascendencia, parte ante todo de la constatación de que en sus rasgos esenciales hay una actitud básica de apertura. La persona, ubicada en un contexto y una historia, está abierta al mundo, es sensible a él, se siente afectada por él y a la vez tiene la posibilidad de afectarlo.

Esta apertura, como salida de sí, se evidencia en la persona humana en la posibilidad de pensarse a sí misma, en su conciencia de ser que existe y se ubica en la realidad; en su capacidad de relación, de reconocimiento y encuentro con el otro. Se percibe en su sensibilidad ante los interrogantes que le plantea la realidad, y lo mueven a buscar respuestas y generar conocimiento; en su libertad que lo saca de la determinación del instinto y lo hace impredecible. Se evidencia en la permanente insatisfacción que lo lleva a plantearse los grandes interrogantes existenciales e intentar hallar un sentido último y

pleno a su vida. Esa capacidad de trascenderse a sí mismo y trascender la realidad es la que lo sitúa finalmente, frente a la cuestión del Absoluto, frente a Dios.

El ser humano, por esta actitud de apertura, no agota su realización en el campo del desarrollo de cualidades y capacidades, sino que proyecta su existencia por encima de los aparentes límites que le presenta la realidad contingente. Es propio del ser humano abrirse también al misterio de la vida, para confrontarse con lo absoluto, con lo definitivo, con lo esencial. Para ello, no basta reconocerse dotado de destrezas y posibilidades, sino que le es necesario dirigir todos aquellos dinamismos hacia un fin último que da unidad y consistencia a su ser, el cual, se realiza procesualmente.

Hablar de espiritualidad nos sitúa frente a la realidad del ser humano que se abre al misterio, en cuanto se percibe con una existencia que le ha sido dada, pero ante la cual está llamado a descubrir su sentido más profundo y último.

El sujeto religioso ha pensado en el misterio a partir de un previo acto de presencia por su parte (...) por eso experimenta su acto como respuesta a una previa llamada, y por eso interpreta su búsqueda de Dios como suscitada por un previo encuentro con Él, y en el que Dios mismo ha tomado la iniciativa.¹⁰⁰

La experiencia espiritual es, entonces, la toma de conciencia de la presencia de la Divinidad en la propia vida, es el reconocimiento del misterio en la realidad personal, es la apertura de la existencia humana al horizonte de Dios, desde el cual la persona hace un camino de búsqueda de sentido.¹⁰¹

“La búsqueda de Dios es, en verdad, el sentido definitivo de toda espiritualidad.”¹⁰² Por lo tanto, la espiritualidad cristiana es uno de los caminos por los que la humanidad ha intentado realizar ese encuentro con el Absoluto, con Dios. El ser humano, que se reconoce

¹⁰⁰ Torres Queiruga, Andrés. *Repensar la Revelación*. 28.

¹⁰¹ Cfr. Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 27.

¹⁰² Gutiérrez, Gustavo, *Beber en su propio pozo*. 49.

tocado por el Trascendente y abierto a la trascendencia, y que busca, de alguna forma, saciar ese deseo de infinito que surge de lo más íntimo de su ser, descubre en la experiencia del Dios de Jesucristo una respuesta, una posibilidad, un camino.

La espiritualidad cristiana se comprende como “la experiencia de Dios en la vida del creyente”¹⁰³; es buscar al Padre desde el Seguimiento de Jesucristo, y por lo tanto es afirmar que a través de Jesús de Nazaret el ser humano puede encontrarse con su Creador. La experiencia del seguimiento de Jesucristo es experiencia de Dios, en la que el ser humano es confrontado con lo fundamental de su realidad, en la que desde lo concreto de su propia existencia se descubre en íntima relación con el Absoluto, con el Trascendente.

La espiritualidad entonces, es la experiencia resultante de la iniciativa de Dios que toca desde dentro la existencia de la persona y la sitúa frente a una nueva manera de comprender la vida, y la respuesta del creyente que asume vitalmente esa nueva comprensión existencial. En la espiritualidad cristiana, la iniciativa del Padre se ha manifestado en su proyecto de salvación, que se ha plenificado en la persona de Jesucristo; en su Hijo, el Creador sale al encuentro de la persona y le revela con claridad su proyecto: vida eterna. Y es desde la experiencia del seguimiento de Jesús que el ser humano va descubriendo cómo hacer realidad este proyecto.

De acuerdo con esta comprensión, nos podemos preguntar: ¿qué es aquello que caracteriza la espiritualidad cristiana y la convierte en un camino de búsqueda y encuentro con Dios, y camino de realización humana? ¿Cuáles son sus notas esenciales?

2.1.1 Vivir según el Espíritu

La espiritualidad, en términos generales, es una forma de vivir según un espíritu. Desde la sagrada escritura, “el término espíritu tiene que ver con los fenómenos naturales que son el viento y la respiración de los seres vivos. El vocablo denota dinamismo, con un matiz de

¹⁰³ Mifsud, Tony. *Una fe comprometida con la vida*. 9.

discreción, y hasta de difícil percepción por los sentidos, casi de invisibilidad.”¹⁰⁴ El espíritu se entiende entonces como aquello que inspira un estilo de vida, como lo esencial que dinamiza y anima la existencia, como el criterio fundamental que subyace y determina toda la interacción de la persona con la realidad.

El espíritu es aquello radical, la base, el subsuelo, lo que no se ve pero que está presente sosteniendo, lo que no es posible captar a primera vista pero que es determinante y absolutamente necesario para dar identidad a alguna realidad. En la experiencia del creyente, este fundamento, esta raíz, esto que sostiene la existencia, la unifica y le da razón de ser es Dios mismo. Es Dios Espíritu, o el Espíritu de Dios con quien se identifica esta fuerza vital en la que tiene origen, meta y sentido la realidad toda. El Espíritu es entonces Dios mismo actuando, dando sentido, sosteniendo, vivificando.

Comprendido el significado del término *Espíritu*, desde la experiencia cristiana la espiritualidad es equivalente a vivir según el Espíritu, es decir, asumir la existencia según los criterios de Dios, quien ha tocado la profundidad de la vida humana y le inspira una manera concreta de vivir.

*El dinamismo y la vida que la palabra espíritu expresa, se acentúan cuando la persona es considerada desde la acción de Dios sobre ella. Espíritu y sus derivados designarán la vida según la voluntad de Dios, es decir, la vida de acuerdo con el don de la filiación divina que se expresa en la fraternidad humana.*¹⁰⁵

La identidad del creyente se define, entonces, desde una particular relación con Dios, a quien experimenta como Padre, y se expresa en su manera de vivir y convivir con los demás, a quienes reconoce como hermanos. Esta relación define también su interacción con la realidad y la historia, desde cuyo fondo se manifiesta y transparenta la vida de Dios mismo, su acción.

¹⁰⁴ Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, 85.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 86.

Este Espíritu, que define la existencia del creyente, es entonces la acción de Dios mismo que está dispuesto a animar, inspirar y dinamizar su obra creadora mediante las acciones cotidianas del ser humano que asume el seguimiento de Jesús. La espiritualidad, como manera de ser cristiano, consiste, entonces, en vivir según el Espíritu, es decir en sintonía con la acción de Dios, en disponibilidad a su voluntad. Desde la experiencia creyente, el ser humano no es espiritual porque esté constituido por alma y cuerpo, sino porque la totalidad de su ser está en apertura a Dios. “Si el ser humano puede ser calificado de espiritual (...) ello se debe a la acción y presencia del poder de Dios, del Espíritu en lo más profundo de cada uno de nosotros.”¹⁰⁶

Asumida la espiritualidad de esta manera, se nos abre un nuevo horizonte de comprensión de la realidad humana. La mentalidad dualista, muy arraigada en nuestra manera de entender y vivir la fe, nos sitúa erradamente frente a la siguiente cuestión: si hay la posibilidad de vivir según el Espíritu, también existe la posibilidad de vivir según la carne, y por lo tanto la persona que asuma una de estas posibilidades, necesariamente debe excluir la otra; vida espiritual y vida carnal son incompatibles. Desde la perspectiva que queremos enfocar nuestra propuesta de trabajo, nos preguntamos: ¿no es esto fraccionar al ser humano?

Desarrollemos esta cuestión, situándonos, por ahora, frente a la concepción paulina de carnalidad. “El término *carne* designa en primer lugar la substancia de la que están hechos los seres humanos (Cfr. 1Co 15,39) (...) pero además califica a la persona, considerada desde el punto de vista de su existencia física (Cfr. Rm 3,20).”¹⁰⁷ Desde esta mirada, la carne designa la esencia de la que está constituido el ser humano, su materia prima, y a la vez designa a la totalidad de la persona, todo lo que ella es, su existencia integral. Visto así, la carne no es un elemento separable, que al unirse con el espíritu de como resultado al ser humano, sino que designa más bien, su condición creatural, su corporalidad, de la cual no puede prescindir.

¹⁰⁶ Ibid., 89.

¹⁰⁷ Ibid., 78.

La carne es, pues, condición necesaria de la existencia humana, es la manera de manifestar el ser en la realidad e interactuar con ella. Pero a la vez es expresión de finitud, en cuanto la creaturalidad nos sitúa frente al deterioro del tiempo, la enfermedad y la inminencia de la muerte. Es por eso que Pablo, en sus escritos (Cfr. Rm 6,19; 2 Co 1,17), utiliza también el término carne para designar la realidad de la fragilidad humana, que se concreta en el pecado y conduce a la muerte. Esta debilidad propia de la condición carnal es la que inclina al ser humano al pecado, es la que conduce a la muerte. Entonces, ¿qué sentido tiene la carnalidad- corporalidad de la persona humana, cuando ésta obliga a enfrentarse al pecado y la muerte?

Como hemos afirmado anteriormente, el ser humano espiritual es aquel que orienta la totalidad de su existencia según los criterios de Dios, según la voluntad del Padre. El problema del pecado y la muerte se da cuando el ser humano reduce su vida exclusivamente a la corporalidad, cerrándose a la acción divina. La carne se identifica con el pecado cuando, como bien lo expresa Gustavo Baena, “la creatura se cierra sobre sí misma y decide vivir sin Dios.”¹⁰⁸

La carnalidad de la persona, de la que se ha hecho mención, nos pone en relación creatural con Dios y a la vez, expresa nuestra limitación y fragilidad ante Él. Y es esta fragilidad la que nos hace susceptibles al pecado. Si la carne es expresión de la finitud y la fragilidad, caminar según la carne es orientarse a la muerte como negación de Dios, que es vida, que es Espíritu. Ser espiritual es orientar la propia existencia hacia Dios, actuar en consonancia con Él, es optar por la vida.

“Efectivamente, el cuerpo resulta ser más bien el campo en que actúan la fuerza de la muerte, la carne; y al mismo tiempo la fuerza de la vida, el espíritu.”¹⁰⁹ Para quien asume el seguimiento de Jesucristo, la cuestión no está en exaltar el espíritu y oponerse a la carne, no se trata de despreciar el cuerpo como condición concreta del ser humano, sino de abrir

¹⁰⁸ Baena, Gustavo. *Curso de Síntesis Bíblica. Apuntes personales.*

¹⁰⁹ Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, 91.

la totalidad de la persona a la vida de Dios que la plenifica y a la vez la saca de sí hacia los demás. Vivir según el Espíritu es vivir de acuerdo con la vida del Padre, de acuerdo con el amor y la justicia, y según los valores su Reinado encarnados en Jesucristo, máxima manifestación del Espíritu de Dios a la humanidad. (Cfr. Lc 1, 35)

2.1.2 *El seguimiento de Jesús*

“Seguir a Jesús define al cristiano”¹¹⁰, ya que “la esencia de la espiritualidad cristiana es el seguimiento histórico de Cristo bajo la guía de la acción del Espíritu.”¹¹¹ El seguimiento, más que aceptación de una doctrina que establece una serie de verdades de fe que se deben profesar, o el reconocimiento de una institución a la que la persona que se dice creyente debe adherirse, implica un estilo de vida, un modo de ser que se identifica con Cristo mismo, y por lo tanto, da una impronta, un sello, una marca única a quien asume el seguimiento.

Pero esta experiencia de seguimiento no nace de la iniciativa humana, sino que...

*Dios sale de sí, por así decirlo, para llamarnos a participar de su vida y de su gloria (...) en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de Jesús su Hijo (Hb 1, 1ss) con quien llega la plenitud de los tiempos (Cfr. Ga 4, 4). Dios, que es santo y nos ama, nos llama por medio de Jesús a ser santos (Cfr. Ef 1, 4-5).*¹¹²

El seguimiento de Jesús es la respuesta del ser humano a la llamada de Dios a participar de su proyecto de salvación, que se ha plenificado en su Hijo; es la manera en que el creyente concreta en su existencia su sintonía con la acción del Espíritu; es la forma de tomarse en serio la vida de Dios presente en la propia vida.

¹¹⁰ Ibid., 8.

¹¹¹ Mifsud, *Una fe comprometida con la vida*, 10.

¹¹² Quinta Conferencia General Del Episcopado Latinoamericano, # 129 – 130.

El encuentro inicial con el Señor es el punto de partida del seguimiento, encuentro en el que Él ha tenido la iniciativa, ya que “encontrar al Señor es antes que nada ser encontrado por Él.”¹¹³ La espiritualidad es ante todo una experiencia de encuentro con Jesús, en quien se descubre una manera original de comprender la vida desde Dios.

No es posible seguir a Jesús si antes no hay un encuentro vital con Él, si su vida no toca la vida del creyente, si su persona no interpela la manera en que se está asumiendo la existencia. En el encuentro,

*el discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (Cfr. Lc 6, 40b), recorrer su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas.*¹¹⁴

Este camino de búsqueda, de realización y salvación de la persona, orientado hacia Dios es plenificado en Jesucristo, ya que en él se esclarece y realiza el sentido del proyecto humano en consonancia con el proyecto de Dios. En el acontecimiento de la encarnación se nos revela el Plan de Dios para sus hijos, como constante acción creadora, como divinización de lo humano y humanización de lo divino. En Jesucristo se nos muestra el rostro humano de Dios y la plenitud de la realización humana. Para el creyente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, ya que ese camino de búsqueda y de realización personal y comunitaria halla su respuesta total en Jesucristo.¹¹⁵

El creyente, después de haber experimentado el encuentro con el Maestro de Nazaret, descubre que, “Cristo, nuestro Señor, el nuevo Adán, en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, pone de manifiesto plenamente al hombre ante el propio hombre, y

¹¹³ Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, 55.

¹¹⁴ Quinta Conferencia General Del Episcopado Latinoamericano, # 131.

¹¹⁵ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 22.

le descubre la sublimidad de su vocación.”¹¹⁶ El seguimiento de Jesucristo, como fundamento de la espiritualidad cristiana, no es negación de las aspiraciones más profundas de la persona humana, sino que por el contrario, es respuesta de sentido y camino de realización, en cuanto en Jesús se nos revela la plenitud del misterio humano asumido y plenificado por Dios mismo.

Finalmente, el seguimiento de Jesús es la clave de comprensión de la vida cristiana, en cuanto que en su persona, palabras y obras, se nos muestra con claridad el camino que debe recorrer toda mujer y hombre para asumir la existencia según el Espíritu de Dios.

2.1.3 Acción de Dios encarnada en la historia

“El Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho, que se hizo a sí mismo carne y habitó en la tierra de los hombres (Cfr. Jn 1, 3.14), penetró como hombre perfecto en la historia del mundo, tomándola en sí y recapitulándola (Cfr. Ef 1, 10).”¹¹⁷ Todo aquello nos dice que la acción de Dios y su revelación a través de Jesús tiene como primera mediación la vida del ser humano que se desarrolla dentro de la historia.

El Dios de Israel, que es también el Dios de Jesucristo, es un Dios que se manifiesta, que se revela en la historia y desde la historia. El acontecer salvífico de Dios se desenvuelve en el acontecer histórico, y es a través de la historia, entendida como dinamismo creador y vida puesta en movimiento, que el creyente capta la acción de Dios en su propia vida e intenta responder a esa acción. “En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado.”¹¹⁸

Esa acción salvífica adquiere un carácter muy concreto en la opción vital que realiza el creyente dentro de las circunstancias en que se encuentra; es la realidad misma en la que

¹¹⁶ Ibid., # 22.

¹¹⁷ Ibid., # 38.

¹¹⁸ Benedicto XVI, *Dios es Amor*, # 17.

percibimos la presencia y acción de Dios, y es desde la realidad, tanto personal como comunitaria, donde podemos responder a las exigencias del mensaje evangélico. No es una acción que se salte o desconozca las condiciones propias de la naturaleza personal, de los ritmos específicos de los grupos humanos, sino que por el contrario, es dentro de esas condiciones que se debe buscar leer la presencia divina y constante acción redentora.

Como ya hemos reflexionado anteriormente, el seguimiento de Jesucristo es espiritualidad, en cuanto es caminar según el Espíritu que es vida. Por lo tanto, la realización auténtica de la vivencia cristiana sólo es posible en una profunda inserción en la realidad y en la historia como lugar del acontecer de Dios, como tienda en que acampó el Verbo y escenario de la acción permanente del Paráclito. Sólo así podemos comprender cómo la dinámica salvífica es la entraña misma del devenir humano.

2.1.4 Praxis creyente

Sentirse interpelado por la acción salvífica del Señor, que se realiza en la propia vida, lleva al creyente a dar “una respuesta histórica al Dios que irrumpe en la historia individual y colectiva, invitando a asumir la causa de su Hijo”¹¹⁹, al nivel que “los gestos, las palabras, las opciones y el estilo de vida de Jesús de Nazaret, llegan a ser el punto de referencia para la actuación del cristiano.”¹²⁰ De esta manera, la espiritualidad conlleva una necesaria praxis vital, en la que se expresa el grado de configuración del creyente con la vida de Jesús.

“Se proclama el evangelio a los pobres a través de acciones concretas; hacer ver, andar, oír, en una palabra, dar vida, es el ejemplo que da Jesús en el presente, y al mismo tiempo mandato a la comunidad cristiana a lo largo de la historia.”¹²¹ En este sentido, la vida espiritual cristiana, como camino de seguimiento de Jesucristo, implica un proceso de transformación del creyente, realizado por el Espíritu, que lo lleva a asumir un estilo de

¹¹⁹ Mifsud, *Una fe comprometida con la vida*, 29.

¹²⁰ Ibid.

¹²¹ Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, 62.

vida en el que se integran las actitudes, planes, proyectos y decisiones de Jesús. Dios toca lo más profundo de la existencia humana para dinamizar un camino de conversión que se concreta en la vida del creyente en un “pensar, sentir y vivir con Cristo.”¹²²

El vivir según el Espíritu no es, pues, un ideal intimista, ajeno a realidad concreta y que corta las relaciones con quienes se interactúa diariamente. La vivencia cristiana es ante todo “una conversión hacia el otro como imagen y semejanza divinas”¹²³, un amor que se concreta en un encuentro y compromiso con la vida del otro que es manifestación de la vida del Creador, ya que “amor a Dios y amor al prójimo son inseparables.”¹²⁴ En Jesús se nos revela un Dios sensible a las necesidades y urgencias del ser humano, actitud que debe hacer suya el discípulo de Cristo.

Concluyamos este rasgo, diciendo que, la auténtica espiritualidad, como camino de seguimiento del Hijo del Hombre, exige al cristiano, una praxis creyente concreta ya que “la espiritualidad consiste en una vida guiada por el Espíritu; la acción ética es un comportamiento inspirado por este mismo Espíritu.”¹²⁵ Por eso, si la moral cristiana se entiende como praxis creyente, expresada en un camino concreto de seguimiento de Jesucristo, y la vida cristiana se entiende como la experiencia del Espíritu de Dios, que revela a Jesús como Hijo y mueve a comprometerse con su proyecto del Reino, entonces es impensable una espiritualidad que no se concrete en una praxis ética.

“El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre.”¹²⁶ En este sentido, la vivencia cristiana sitúa al creyente, personal y comunitariamente, frente a un camino específico para recorrer la existencia, un estilo de vida, desde el que testimonia la experiencia de la fe. Tal camino se traduce en un comportamiento que se dinamiza según los criterios de Dios, es decir, según el amor que se expresa en obras concretas, movido el Paráclito. Es lo que

¹²² Gutiérrez, Gustavo, *Teología de la liberación*. 268.

¹²³ Mifsud, *Una fe comprometida con la vida*, 10.

¹²⁴ BENEDICTO XVI, *Dios es Amor*, # 18.

¹²⁵ Mifsud, *Una fe comprometida con la vida*, 39.

¹²⁶ Benedicto XVI, *Dios es Amor*, # 19.

llamaremos más adelante, camino de salvación como proceso de realización humano, según los valores del Reino testimoniados por el Resucitado.

2.1.5 El amor como principio fundamental

En el seguimiento de Jesucristo experimentamos que “Él es quien nos revela que Dios es amor (1Jn 4, 8), y al mismo tiempo nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana y, por consiguiente, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor.”¹²⁷ Por ello, pensamos que la vida espiritual cristiana, como camino de búsqueda y encuentro con el Creador, se expresa en el amor como experiencia fundamental que nos descubre la esencia misma del Todo Poderoso, así como el sentido de su proyecto de salvación y la manera de realizarlo desde una praxis fiducial, que nace de la acogida amorosa de la acción del Espíritu.

“Para configurarnos verdaderamente con el Maestro, es necesario asumir la centralidad del Mandamiento del amor, que Él quiso llamar suyo y nuevo: ‘ámense los unos a los otros, como yo los he amado’ (Jn 15, 12).”¹²⁸ El carácter central y fundamental del amor en la experiencia espiritual cristiana está dado por lo que él suscita en la vida de la persona: es capaz de sacar de sí mismo, mover hacia el encuentro del otro, comprometer gratuitamente, abrir a la trascendencia, renovar desde dentro. La novedad de la acción creadora y transformadora de Dios se expresa en “una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros.”¹²⁹

Para lo anteriormente mencionado, téngase en cuenta que “el horizonte de la caridad articula el crecimiento en la vida espiritual, atestiguada por la entrega hacia el otro en la construcción de una sociedad siempre más humana y más justa.”¹³⁰ La entrega gratuita, entonces, es el principio unificador de la vida del creyente, ya que en la praxis del amor es

¹²⁷ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 38.

¹²⁸ Quinta Conferencia General Del Episcopado Latinoamericano, # 138

¹²⁹ Benedicto XVI, *Dios es Amor*, # 18.

¹³⁰ Mifsud, *Una fe comprometida con la vida*, 47.

donde se concreta la espiritualidad como seguimiento de Jesús, el cual conduce a relacionarnos con Dios y a vincularnos con el otro, que me interpela y me saca de sí,¹³¹ convirtiéndose así en “el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana,”¹³² y en “el mejor testimonio del Dios en el que creemos.”¹³³

Finalmente aclaremos que, desde la experiencia del seguimiento de Jesucristo, desde la perspectiva del Reino, el amor no se asume como un dar sin sentido, de una entrega porque sí, sino de una nueva comprensión de la existencia, en la que se descubre que la verdadera felicidad se encuentra no sólo dentro de sí, sino, sobre todo fuera de sí, dando, y más que eso, dándose. A la luz del amor es posible comprender la historia de la salvación como constante entrega de Dios a la humanidad; desde el amor, el creyente es capaz de captar la profundidad del acontecimiento de la encarnación: Dios sale de sí para encontrar a la humanidad; sólo el amor permite hallar una lógica para la vida desde la cruz: la vida se llena de sentido cuando es toda para los demás.

2.2 Interpretaciones erradas de la espiritualidad cristiana

Contando con la claridad que hemos pretendido expresar respecto de los rasgos esenciales de la espiritualidad cristiana, haremos ahora un acercamiento crítico a algunos intentos de búsqueda espiritual que, apoyados en corrientes filosóficas o teológicas en las que la persona es concebida de manera fraccionada, parcializada y desarticulada, desembocan en comprensiones desviadas y erradas de lo auténticamente evangélico.

Partimos de que el creyente, como persona que intenta corresponder a la acción de Dios en su propia vida, necesariamente se inserta en el proceso de seguimiento de Jesús, que a su vez es un proceso de humanización. Pero encontramos que en muchos momentos no se ha contado con esta claridad, y por ello se ha asumido como real una falsa contraposición

¹³¹ Benedicto XVI, *Dios es Amor*, # s 7. 42.

¹³² *Ibid.*, # 15.

¹³³ *Ibid.*, # 31.

entre aspectos propios de la condición humana, que afecta la comprensión y la vivencia de la espiritualidad.

Dicho de otra manera, queremos acercarnos y confrontar algunas orientaciones de espiritualidad que han tenido como denominador común, el desentenderse de la realidad intramundana y el refugiarse en un espiritualismo desencarnado, que tiene como trasfondo la negación o el desprecio respecto de la bondad de lo creado por Dios.¹³⁴ Desde esta concepción, la fe es incompatible con manifestaciones propias de la naturaleza humana tales como la corporalidad, la sexualidad, la libertad, el placer, la autonomía, la integralidad y otras, que se han venido enmarcando bajo el estigma de lo pecaminoso, como rechazo de lo divino y como opuestas al plan salvífico de Dios.¹³⁵

Por otro lado, al utilizar el término “espiritualidad” se ha generado ambigüedad a la hora de intentar comprender el vínculo existente entre las dimensiones corporal y espiritual de la persona. Por ello no conviene entender la espiritualidad dentro de un esquema antropológico de signo dualístico, oponiendo “espíritu” a “cuerpo”. Ello da lugar a una comprensión de la vivencia cristiana en la que es impensable la realización de la persona integral, y en donde se valora únicamente lo espiritual, a costa del desprecio y la negación de lo corporal. Al contrario, como hemos afirmado, la espiritualidad es aquella dimensión específica de la existencia cristiana que trata de traducir en vida el mensaje evangélico de salvación.¹³⁶

Este dualismo antropológico, que ubica en situación de contradicción los caminos de la espiritualidad con los caminos de realización humana, nos ha llevado a pasar por ascetismos inhumanos y sin sentido, por búsquedas de heroísmos e individualismos que no

¹³⁴ Cfr. Vidal, Marciano. *Moral y espiritualidad*. 34 – 35.

¹³⁵ “Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo.” Benedicto XVI, *Dios es Amor*, # 5

¹³⁶ Cfr. Vidal, *Moral y espiritualidad*, 30 – 31.

corresponden al evangelio, ni a nuestra real condición personal, ni a la búsqueda de la auténtica felicidad del creyente.¹³⁷

Existió, y aun hay rezagos de ello, la tendencia a identificar la espiritualidad cristiana con una búsqueda interior de carácter intimista y egocéntrico. Desde esta perspectiva, el seguimiento de Jesucristo puede ser comprendido como camino de perfección de las virtudes individualistas, sin percibir la necesidad de un compromiso con la realidad circundante.¹³⁸ En este sentido, la praxis creyente, como compromiso con la transformación de la realidad, según los valores del Reinado de Dios, carece de fuerza. Y la acción del Paráclito termina erradamente encerrada en la intimidad de la persona, sin la posibilidad de proyectarse hacia los demás.

Una manifestación del dualismo, anteriormente denunciado, ha sido la tendencia a borrar de la vida de la persona las expresiones espontáneas de su identidad personal, espiritualizándolas de manera falsa. Según esas posturas, ser espiritual implicaría una serie de gestos, movimientos y expresiones, que aunque careciendo de sentido humano, estarían justificadas por el grado de “santidad” que pueden manifestar de la persona.¹³⁹ Continuar percibiendo la vida desde una perspectiva dualista, haría que la mirada, la forma de caminar y saludar, el timbre de la voz, la postura del cuerpo y hasta la forma de reírse, estén ya fijadas para quien pretenda ser visto como persona “santa”, lo cual muestra un cristianismo en el que no prima lo interior, sino lo exterior de la persona, en su proceso de seguimiento de Jesús.

Estas dos primeras posturas reflejan cómo, fácilmente, se puede reducir la profundidad de la experiencia cristiana, o inclusive llegar a oscurecerla, por concepciones erradas de la realidad y de la relación entre Dios y la persona humana. “Así pues, individualismo y

¹³⁷ Cfr. *Ibid.*, 35 – 36.

¹³⁸ Cfr. Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, 24.

¹³⁹ Cfr. *Ibid.*, 25.

espiritualismo van de la mano para empobrecer, e incluso, deformar lo que es seguir a Jesús.”¹⁴⁰

Por otra parte, la vida espiritual fue entendiéndose como estado de perfección, pero en sentido elitista. Sólo unos pocos podían desarrollar el camino de realización evangélica, privilegio reservado a quienes optaban por la vida religiosa. A los demás cristianos, “los del común”, les correspondería esforzarse por alcanzar unos grados mínimos de avance en la vida de Gracia. Podríamos hablar de una estratificación espiritual, en la que los cristianos pueden ser clasificados entre perfectos e imperfectos.¹⁴¹

Otra manifestación de una espiritualidad mal entendida, se refiere a la pretensión de identificar la realización de la voluntad de Dios, con el cumplimiento exacto de una serie de normas (legalismo), que aunque puedan surgir de exigencias fundadas, en ocasiones, son en realidad, prácticas vacías que pueden llevar a la persona humana a cierto cansancio, aridez y desazón. Aquí, la praxis creyente, como respuesta de la acogida generosa y responsable de la acción del Espíritu en la propia vida, termina reducida a conocer la ley e intentar ajustarse a ella, dejando de lado la propia libertad y la responsabilidad frente al compromiso del seguimiento de Jesús.¹⁴²

De manera explícita, consideramos que una espiritualidad mal entendida, puede llevar al creyente a situar la acción de Dios en una desvirtuada negación de lo humano, entendiendo aquello como su nombre lo indica, desde la cohibición o la represión, elementos que lo único que hacen es deshumanizar a las personas. Caer en esta concepción errada de la espiritualidad, nos podría llevar a prescindir de una base antropológica que es necesaria para la vivencia de la fe. Podríamos, por ejemplo, pedir a una persona perfección desde los criterios cristianos (olvido de sí), cuando posiblemente el verdadero olvido de sí, en su caso, pasa primero por la necesaria afirmación de sí (integración de la autonomía).¹⁴³

¹⁴⁰ Ibid., 26.

¹⁴¹ Cfr. Ibid., 22. Cfr. Vidal, *Moral y espiritualidad*, 35.

¹⁴² Cfr. Garrido, Javier. *Ni santo ni mediocre*. 87 – 97.

¹⁴³ Cfr. Ibid., 98-99.

Este tipo de corrientes de la espiritualidad, posiblemente aún no superadas del todo, van desembocando en una vida cristiana asumida, en muchos casos, desde una esquizofrenia espiritual, en la que la fe no tiene ninguna incidencia en los procesos de realización humana de quienes se confiesan seguidores de Jesús. Optar por el evangelio, en este sentido, podría ser entendido como renunciar a ser completamente humano, percibirse como incompleto, fraccionado y desintegrado. Pretender seguir a Jesús, desde estas propuestas de espiritualidad desencarnada, implicaría someterse a la tensión que genera el decidir entre asumir el cristianismo o buscar la realización como persona, desconociendo que la una y la otra se necesitan para alcanzar la convergencia del amor en el seguimiento del Señor.

Como hemos visto, algunas comprensiones erradas de la espiritualidad cristiana olvidan la integralidad del creyente y ubican la realidad Dios-hombre como un acontecer limitado en el que basta con asumir diversas responsabilidades dadas externamente por la ley. Desde esta perspectiva, lo máximo que puede hacer la persona es obedecer a una serie de normas, aunque ello no implique la realización de su vocación cristiana en la felicidad y autenticidad. Hagamos ahora un nuevo intento de comprensión, que nos permita evidenciar cómo vivir la fe desde nuestra realidad humana y creyente se convierte en un auténtico camino de salvación, sin exclusiones, negaciones o reduccionismos.

Para iniciar este ejercicio, reconozcamos metodológicamente dos cosas: que la vida espiritual se sirve preferentemente de mediaciones antropológicas que le permiten interpretar el dinamismo del crecimiento personal (transformación), y que el dinamismo humano, asumido desde la moral, se sirve de mediaciones científicas para la explicación y la normatividad de sus acciones, a la luz de criterios que favorezcan la humanización de la historia.¹⁴⁴ Pero resaltemos que dichas mediaciones no son definitivas en el proceso de realización de la persona humana, pues tal alcance es acogido y construido en la medida en

¹⁴⁴ Cfr. Vidal, *Moral y espiritualidad*, 20 – 21.

que el sujeto relaciona el don de la Gracia con la decisión de amar, amarse y dejarse amar en su realidad concreta y contextual.

Por lo anterior, aludiremos a algunas cuestiones teológico-morales que favorezcan la reflexión del comportamiento humano, el cual, como hemos dicho, puede ser tanto propiciador de dolorosas realidades, como generador de praxis fraternas y solidarias nacidas del amor cristiano.¹⁴⁵ Dichas reflexiones nos ayudarán a profundizar y comprender que la autenticidad y coherencia de nuestros comportamientos en condición de creyentes, son también una conquista resultante de un adecuado y dinámico crecimiento en nuestro camino de humanización y de fe.

No obstante, aclaremos desde ahora, que aunque dichos elementos realizadores en gran parte son fruto de una conquista, no pueden negar nunca la soberanía de la Gracia, caracterizada por realizarse contando con los presupuestos fundamentales de la autonomía y la libertad humana, presupuestos sin los cuales no hay acto humano, ni vida moral, ni relación con Dios.¹⁴⁶ Resaltemos que la autonomía, la libertad y la autenticidad, aunque han existido en las personas, ahora son reconocidas de manera especial por la Iglesia, cuando afirma que nunca la persona humana ha tenido un sentido tan agudo de su libertad, así como de la importancia de su acción responsable en la construcción de su dignidad desde la justicia social y política.¹⁴⁷

2.3 A manera de síntesis

La vida cristiana, entendida como identificación con Cristo y seguimiento de su propuesta de salvación, pone al ser humano ante la realidad de su condición de hijo de Dios, y por lo tanto ante la vocación de vivir según el estilo de Jesús de Nazaret. Dicha vocación es posibilidad para todo creyente en cuanto discípulo que está llamado a correr la misma suerte de su maestro.

¹⁴⁵ Cfr. Novoa, Carlos. *Una perspectiva Latinoamericana de la Teología Moral*. 18.

¹⁴⁶ Cfr. Garrido, *Ni santo ni mediocre*, 84 – 94.

¹⁴⁷ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium*, #s 4, 41, 55.

En este sentido, la espiritualidad cristiana plantea al creyente la necesidad de asumir la propia existencia con referencia a Jesús, y por lo tanto, implica una praxis vital en la cual se exprese y evidencie aquello. Para la conciencia de quien sigue a Jesús, la vida cristiana es ante todo acogida generosa de la acción de Dios, que debe tanto transformar la vida según los criterios del Reino, como afectar la realidad para contribuir en la realización de dicho Reinado. La fe, que es respuesta de acogida al proyecto de Dios ofrecido a la persona, sólo es posible desde la realidad concreta de cada ser humano, el cual la asume y la vive desde lo que es.

Finalmente, el seguimiento de Jesús no se hace en el aire sino que se concreta en personas con rostros reales y nombres definidos, con una historia, con limitaciones y con posibilidades. Así como la acción de Dios se realiza permanentemente en el mundo y la historia, de igual manera, la acogida y su consecuente respuesta, se hace desde el mundo y desde la historia. Cualquier propuesta de espiritualidad cristiana que niegue, parcialice o fraccione la realidad de la persona humana, o pretenda sustraerla de ella, termina por ser una deformación de la fe y una desviación del auténtico seguimiento de Jesucristo.

Entonces la fe no se comprende y asume como algo externo, como una imposición o como algo yuxtapuesto a la existencia, sino que es respuesta de sentido que brota desde dentro de la propia existencia en cuanto esta se ve interpelada por Dios, e intenta responder desde el seguimiento de su Hijo, con el recurso humano que le es propio.

3. FUERA DE LO HUMANO NO HAY SALVACIÓN

La actitud de disponible acogida de la acción de Dios en la existencia, que se concreta en la asunción de la espiritualidad cristiana como identificación con Jesucristo y la vivencia de su seguimiento, suscita en la persona una experiencia gratuita de plenitud que desborda sus propios límites y la lleva más allá de su propia fragilidad. Esta experiencia identificada como salvífica, sitúa al ser humano ante un modo de existir, que lo orienta hacia una búsqueda continua que colme todas sus aspiraciones, sacie sus más profundos anhelos de sentido y totalidad, a la vez que lo pone frente a la realidad de la eternidad.

Nos referimos pues, a una realidad que es don y tarea, y que se convierte en el auténtico significado de la experiencia de salvación creyente. Tal acontecimiento nos permitirá establecer algunos puntos de reflexión, a partir de los cuales será posible captar la continuidad y convergencia que se da y que debe hacerse consciente, durante los procesos de humanización y salvación.

Más aún, procuraremos dar pasos que nos ayuden a ampliar nuestra comprensión creyente acerca de la base humana de la fe. Cuestión que se concreta cuando ponemos en movimiento todas las dinámicas existenciales, cuyo centro unificador es Dios y cuya orientación tiende hacia un estado de plenitud en Dios mismo, y a favor de la humanidad.

3.1 Salvación creyente – rasgos esenciales

Desde la fe, la salvación se nos presenta como el sentido último de la búsqueda creyente, convirtiéndose así en “noción central del misterio cristiano.”¹⁴⁸ Pero a pesar de ello, es un tema sobre el que se percibe poca claridad, dando paso a malos entendidos, a interpretaciones erróneas y en última instancia, a una deformación de la fe.

¹⁴⁸ Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 193.

El camino que hemos venido recorriendo hasta este momento, nos ha permitido ver cómo el ser humano ha estado en una permanente búsqueda de plenitud que lo abre al Absoluto, a Dios. Esta búsqueda, en el fondo, es el anhelo de llegar a desplegar totalmente sus posibilidades y descubrir el sentido profundo de su ser. Desde la perspectiva creyente, estos interrogantes se van iluminando en la historia de la salvación, hasta llegar a la persona de Jesucristo, plenitud de la revelación, Palabra de Dios dada a la humanidad para comunicarle las razones últimas de la existencia.

El cristiano se descubre interpelado y confrontado por el Hijo de Dios, y por la experiencia de apertura a la acción divina en el mundo (Reinado de Dios) que Él le invita a asumir. Al aceptar esta propuesta, el ser humano inicia un camino de seguimiento, que en definitiva es un estilo de vida, una manera de ser y estar en el mundo claramente marcada por los valores del Reino. Y es a partir de esta praxis vital que se va experimentando la plenitud de vida que anhela el corazón humano; es precisamente en ese encuentro con el Dios Padre de Jesús, que acontece la salvación como realización total del proyecto humano en continuidad con el proyecto divino.

Este itinerario de reflexión nos ha permitido ir comprendiendo, que la experiencia de fe no se superpone a la realidad concreta del ser humano, sino que se trata de un único proceso, en el que se compromete la totalidad de la persona, cuya existencia se ve jalonada hacia lo definitivo por la acción de Dios. La vida creyente no es algo inconexo o indiferente a la naturaleza humana, tampoco la ahoga o la niega, sino que por el contrario la unifica y la lleva hasta sus últimas posibilidades: la eternidad.

Entonces, intentemos ahora, dentro de este contexto, desentrañar qué es lo que en el fondo anhela encontrar el ser humano, qué es aquello capaz de plenificarlo y conducirlo a la eternidad como meta última de su existencia, y que ha identificado y expresado como *experiencia de salvación*.

3.1.1 Salvación desde la experiencia humana

Concientes que

*al referirnos a la salvación, nunca afirmaremos bastante todo lo positivo que hay en ella: ni la riqueza de lo que se nos ofrece ni el Amor con que se nos ofrece. En ella reina la lógica sobreabundante del don, de forma que el esfuerzo comprensivo se siente llamado a una búsqueda siempre más decidida y a una afirmación cada vez más plena.*¹⁴⁹

Para comprender la hondura y fuerza que ella tiene en la experiencia de fe, nos es necesario un primer acercamiento al significado básico del concepto, que nos permita, poco a poco, establecer su identidad, relación y aporte con los procesos de humanización desde la fe.

¿En qué consiste una experiencia de salvación? “Salvarse uno es verse sustraído de un peligro en que estaba expuesto a perecer. Según la naturaleza del peligro, el acto de salvar tiene afinidad con la protección, la liberación, el rescate, la curación.”¹⁵⁰ La fragilidad, tal como quedó expresada en los rasgos esenciales de la condición humana, implica una constante exposición de la persona a situaciones que ponen en riesgo su existencia. Una de las experiencias más básicas, y por lo tanto universales, es la del peligro de la propia vida. Constantemente, cada persona está expuesta a una serie de posibilidades de vulnerabilidad, sea como enfermedad, esclavitud, agresión, violencia, etc.

Esta pluralidad de posibilidades de peligro, despierta en el ser humano un permanente estado de alerta y cuidado para conservar su existencia. El dolor se presenta como el resultado de no poder evadir el peligro y verse afectado de diversas maneras por el mal, sea físico o moral, recordando así la condición de finitud, limitación y fragilidad propia de la creatura.

¹⁴⁹ Torres Queiruga, Andrés. *¿Qué queremos decir cuando decimos infierno?* 51.

¹⁵⁰ Leon- Dufour, Xavier. *Salvación*. 825.

La constante presencia de la muerte y el dolor en la realidad, hacen que la experiencia de salvación adquiera un matiz muy positivo, pues en últimas, ser salvado implica que ante la inminencia del dolor hay otra posibilidad (persona, circunstancia, evento) que evita que nuestra fragilidad se vea agredida, que nuestra limitación nos supere. Ante aquello que amenaza con obstruir la continuidad y realización de nuestra existencia, se abre la posibilidad de seguir adelante, de avanzar, de permanecer, de seguir en la búsqueda.

La valoración positiva de la salvación se da porque gracias a ella el hombre puede seguir siendo. El rechazo del dolor y la evasión del peligro manifiestan que en el fondo nuestro siempre hay el anhelo de vivir. “De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados.”¹⁵¹ Esta tensión que se genera entre ganar la vida y perderla, tiene una tendencia a cualificarse: el ser humano quiere vivir más y vivir mejor, y por lo tanto todo aquello que limite realizar este propósito es percibido como amenazante.

La experiencia de la vida entonces se abre a un horizonte más amplio que el meramente biológico, pues “queremos sólo una cosa, la vida bienaventurada, la vida que simplemente es vida, simplemente felicidad.”¹⁵² Vivir no se reduce a mantener el cuerpo en funcionamiento, sino que hay una serie de condiciones que poco a poco se van percibiendo como necesarias e indispensables para llenar de significado y plenitud la existencia: la igualdad, la fidelidad, el amor, la justicia, la misericordia, la felicidad. “Tras todas estas exigencias, se oculta una aspiración más profunda y universal: el individuo y el grupo están sedientos de una vida plena, libre, digna del hombre,”¹⁵³ pues “está claro que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar.”¹⁵⁴

¹⁵¹ Benedicto XVI, *Encíclica Spe Salvi*. # 12.

¹⁵² *Ibid.*, # 11.

¹⁵³ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 9.

¹⁵⁴ Benedicto XVI, *Spe Salvi*, # 30.

Es aquí donde percibimos que se genera un conflicto, o mejor, en palabras de Garrido, una *dramática existencial* al interior de la persona, pues aunque ella percibe una íntima necesidad de totalizar su existencia, a la vez se descubre limitada para satisfacerla. “Mientras por un lado, como criatura que es, experimenta una múltiple limitación, por otro lado el sentimiento de su capacidad de desear le muestra que es un ser ilimitado y que está llamado a una vida superior.”¹⁵⁵ Esa tensión entre la apertura a lo absoluto¹⁵⁶ y la indigencia existencial, entre la plenitud y la necesidad, puede desembocar en el sinsentido y la desesperanza, en un falso optimismo o en una equilibrada búsqueda de realización.

3.1.2. Salvación en y desde la historia

Para el creyente, como individuo y como comunidad, esta tensión se resuelve en su propia historia, ya que “a partir de tal experiencia humana y utilizando los términos mismos que la expresaban, explicó la revelación los aspectos mas esenciales de la acción de Dios en la tierra: Dios salva a los hombres, Cristo es nuestro salvador (Lc 2, 11), el evangelio aporta la salvación a todo creyente (Rom 1, 16).”¹⁵⁷

Está entonces la convicción que “la acción salvífica de Dios trajina toda existencia humana. El devenir histórico de la humanidad debe ser definitivamente situado en el horizonte salvífico. Sólo así se dibujará su verdadero perfil y surgirá su más hondo sentido.”¹⁵⁸ La limitación del ser humano para poder saciar su deseo de plenitud, y su impotencia ante muchas situaciones que se convierten en grave obstáculo para su realización y que escapan a su alcance, son superadas por la acción divina, que es en esencia salvadora.

Mediante Israel, pueblo que hace suyo, Dios nos revela su proyecto de vida. Cada vez que Israel buscó y necesitó a su Dios, sobre todo en las desgracias nacionales,

¹⁵⁵ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 10.

¹⁵⁶ Para mayor claridad, retomar la página 47, en la que desarrollamos más detenidamente en qué consiste esta apertura hacia lo definitivo y cómo opera en el conjunto de la realidad humana.

¹⁵⁷ Leon- Dufour, *Salvación*, 825.

¹⁵⁸ Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 200.

*tuvo una singular experiencia de comunión con Él, quien lo hacía partícipe de su verdad, su vida y su santidad.*¹⁵⁹

Para el creyente esa acción salvífica adquiere un carácter muy concreto en la opción vital que realiza la persona dentro de las circunstancias en que se encuentra; es en la realidad misma en la que percibimos la presencia y acción de divina, y es desde la realidad, tanto personal como comunitaria, como podemos responder a las exigencias que implica acoger aquello que el Padre nos ofrece.

El pueblo israelita

*no demoró en testimoniar que su Dios- a diferencia de los ídolos- es el ‘Dios vivo’ (Dt 5,36) que lo libera de los opresores (Ex 3, 7-10), que perdona incansablemente (Ex 34, 6) y que restituye la salvación perdida cuando el pueblo, envuelto ‘en las redes de la muerte’ (Sal 116,3), se dirige a Él suplicante (Is 38, 16).*¹⁶⁰

Su camino de realización se vio amenazado por diversos peligros, tanto externos (guerras, deportaciones, opresión), como internos (idolatría, venganzas, sed de poder, etc.), percibiendo su propia limitación, y a la vez corroborando que era la mano de Dios la que los ayudaba a seguir adelante, llegando a la convicción que “la historia de la salvación es la entraña misma de la historia humana”¹⁶¹, y es en ella que se va desarrollando el dinamismo soteriológico.

Al detenernos en la salida de Egipto, vemos que para el pueblo ésta no se entiende como un hecho más en la sucesión cronológica, sino que en ese acontecimiento Dios expresa su acción salvífica con un matiz especial, el de liberación. Ese acontecimiento, leído desde esta perspectiva se convierte en profesión de fe para el pueblo: “Yahvé sacó a Israel de

¹⁵⁹ Quinta Conferencia Del Episcopado Latinoamericano, #129.

¹⁶⁰ Ibid.

¹⁶¹ Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 199.

Egipto” (Ex 20,2); desde la limitación de la vida del hombre Dios expresa su cercanía y su voluntad salvífica (Ex 3, 7-10).

A esta comprensión se llega sólo de manera procesual, pues “una lenta pedagogía, que conocerá euforias y retrocesos, será necesaria para que el pueblo judío tome conciencia de las raíces de su opresión, luche contra ella y perciba el sentido profundo de la liberación a que está llamado.”¹⁶² El acontecimiento histórico fue el escenario de algo mucho más grande, pues la esencia de la salvación allí manifestada trascendió el momento puntual de la salida de Egipto. La libertad significó no sólo el paso por el mar rojo, sino que se trató de una experiencia de vida nueva, que se va realizando en la misma marcha del pueblo.

Para Israel, su historia es la mejor mediación para conocer la identidad de Dios: salvador; para comprender su voluntad: dar vida plena al ser humano. Pero esta comprensión no se queda sólo en el campo nocional, sino que el descubrir la intervención salvífica divina compromete la existencia del pueblo israelita. Si Dios ha revelado su voluntad es para que el hombre la acoja, para que su vida se vea comprometida en ese proyecto de salvación-plenificación que Él muestra a través del acontecer humano.

En la conciencia del israelita, la salvación es la profunda identificación de Dios con el ser humano y del ser humano con el proyecto divino: un amor capaz de plenificar y abrir horizontes de eternidad; a la raíz de la existencia humana que se desarrolla en la historia se descubre y reconoce a Dios mismo plenificándola, generando la dinámica salvífica. “Es más, la salvación -comunidad de los hombres con Dios y comunión de los hombres entre ellos- orienta, transforma y lleva la historia a su plenitud.”¹⁶³

¹⁶² Ibid., 205.

¹⁶³ Ibid., 199.

3.1.3. Salvación como don gratuito

En sintonía con interpretaciones erróneas de la espiritualidad cristiana, en algún momento de la historia pudo haberse llegado a creer, y puede seguirse creyendo, que la salvación es el premio merecido para quien ha observado radicalmente las leyes divinas o ha cumplido con una serie de requisitos de la institución sacra; ser salvado es la consecuencia lógica de haberse mantenido fiel a las normas establecidas y firme en la batalla frente al pecado. Parados desde esta perspectiva, se corre el peligro de llegar a comprender la salvación como un derecho adquirido por el esfuerzo humano, en el que Dios está obligado a otorgarla a los “justos y fieles”. Aquí, la acción divina está determinada por el quehacer humano, y se expone inevitablemente a la manipulación.

A la raíz de este planteamiento, se encuentra una cuestión mucho más compleja y aún no superada: el temor. Movidos por el miedo, conseguir la salvación, para los creyentes, constituye una tarea urgente, pues de lo contrario se corre el peligro de la condenación y el castigo divino. “Dios habita el fondo de la común conciencia cristiana como una presencia exigente, que hace más incómoda la existencia y más pesada la vida, que impone obligaciones duras y difíciles, que puede manifestarse en castigos oscuros, dolorosos e inexplicables.”¹⁶⁴

Asumir la salvación desde el mérito humano y el miedo a la ira divina, desdibuja por completo la originalidad y esencia de la experiencia cristiana, ya que “si de algún modo se presenta Dios al cristiano, es como amor sin medida; si algo busca el cristianismo, es hacerle más ligero a la humanidad el peso de la existencia”¹⁶⁵

Partiendo de lo evidente, no hay ninguna razón que obligue a Dios a salvar al ser humano, y tampoco hay ningún mérito de la persona para merecer la salvación divina. Se trata entonces de un don gratuito, “pura ágape, pura ayuda, aplicada con absoluto desinterés a la

¹⁶⁴ Torres, *Recuperar la salvación*, 18.

¹⁶⁵ *Ibid.*, 19.

realización del hombre; dispuesta incluso- por lo que a ella toca- a prescindir del reconocimiento explícito, con tal de que esa realización acontezca.”¹⁶⁶ Esta experiencia de plenitud es percibida por la conciencia del creyente como iniciativa divina, como Gracia.

“En esta misma línea, gracia viene a significar don presente, favor, algo recibido, gratuitamente, algo que no se debe al resultado de mis esfuerzos o de mi creatividad.”¹⁶⁷ Esta observación nos permite comprender que la salvación tiene una dinámica de gratuidad, en la que Dios ofrece, o mejor, se ofrece a sí mismo. En este sentido, la Gracia “no se trata de una cualidad de Dios, sino de la esencia- *divinitas*- de Dios mismo”¹⁶⁸, en cuanto Él es quien se da, actúa como Gracia para salvar al ser humano.

La experiencia de la Gracia abre al ser humano al sentido profundo de las cosas, de la realidad y de sí mismo. Todo hombre está en la posibilidad de abrirse a esta relación, pero el percibir su profundidad exige sensibilidad y apertura disponible, mediante los cuales el hombre se reconoce desbordado por la acción divina, percibe la presencia- transparencia de Dios en el mundo y se descubre salvado.

En esta apertura al Absoluto, adquiere una importancia relevante la libertad, pues toda relación es expresión de un acto de libertad concretado en el encuentro. Es evidente entonces, que la experiencia de la salvación, como don gratuito de la vida de Dios a la persona, puede o no ser aceptada. En este sentido, el hombre se convierte en la posibilidad de la manifestación histórica de la acción divina cuando, con espíritu abierto y disponible, descubre la gratuidad de Dios que lo salva, lo libera interiormente y lo realiza en sus anhelos más profundos.

Andrés Torres Queiruga, intentando plasmar esta cuestión, afirma que el cristianismo posee una estructura indicativo- imperativa: la salvación es un hecho desde Dios, pero es a la vez respuesta de la persona, es propuesta pero también decisión.

¹⁶⁶ Ibid., 80.

¹⁶⁷ Boff, Leonardo. *Gracia y experiencia humana*, 71.

¹⁶⁸ Ibid., 18.

*Dios, porque quiere, desde la absoluta iniciativa de su amor, salva al hombre (...)
Pero Dios, porque quiere salvar de veras respetando la irrenunciable libertad del
salvado, no fuerza al hombre, sino que lo llama a esa salvación que ya tiene, pero
que sólo puede florecer en la responsabilidad de su respuesta.*¹⁶⁹

La salvación es entonces una dinámica de ofrecimiento y acogida, de entrega y recepción, en la que intervienen la iniciativa de Dios y la libertad humana.

En el fondo de la experiencia de la salvación se encuentra el amor gratuito del Padre que se dirige a sus hijos. Cuando en los textos joánicos se define a Dios como amor¹⁷⁰, se nos comunica una verdad esencial: Dios, amor y salvación son lo mismo. El amor se nos revela como la esencia de lo divino y como el sentido último de la existencia humana y de la realidad. La salvación, como acto de amor, es Dios mismo entregándose, en cuanto que “su personalidad es darse a sí mismo saliendo de sí, y siendo él plenamente en el otro.”¹⁷¹

La plenitud, en la salvación, es aquella que brota del amor divino que suscita en el corazón humano una experiencia de apertura, de gratuidad, de entrega, de búsqueda honesta y diáfana de la felicidad, de sentido definitivo de la propia existencia. Esto es precisamente lo que los evangelios nos transmiten de Jesús, este es el corazón de la Buena Nueva de Dios para la humanidad: el amor como liberación, es la posibilidad de realización total de la vida, de la realidad, de la historia. La experiencia de fe como opción radical por el amor, por Dios mismo, que permite llevar al punto más alto la realización humana, la construcción de la persona.

¹⁶⁹ Torres, *Recuperar la salvación*, 51.

¹⁷⁰ “ ‘Dios es amor’ (Jn 4, 8.16). Esta frase perfora, cargada de misterio y de promesa, toda nuestra historia. Por poca sensibilidad que se tenga, se comprende que en ella se está tocando el corazón mismo del cristianismo. Es una frase nuclear, irradiante. Ella sola sería capaz de mantener la esperanza en el mundo. Presentimos que en ella está la clave de todo: *hen kai pan*. Si Dios es amor y si Dios es el origen, intuimos que el amor es, entonces, la esencia de la realidad, la última palabra de la comprensión, el criterio definitivo del juicio. Comprenderla sería justamente alcanzar el misterio del universo, encontrar la llave del sentido, llegar a la fuente de la vida.” *Ibid.*, 31.

¹⁷¹ Baena, Gustavo, SJ- ARANGO, José Roberto, SJ. *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*. 13.

3.1.4. Salvación como vida plena

Para el hombre creyente, lo último, lo definido, lo absoluto, lo confronta con la realidad misma de Dios, en quien descubre el origen y por lo tanto el fin de todo. La tendencia de la existencia humana hacia lo definitivo, su apertura hacia lo absoluto, en cuanto “sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia lo cual nos sentimos impulsados,”¹⁷² es tendencia hacia una realidad no comprendida totalmente, en dónde el corazón humano se siente saciado en sus anhelos más profundos.

Sea bajo el nombre de vida gloriosa, exaltación o paraíso, el lenguaje se queda corto a la hora de expresar lo que desde la experiencia creyente se quiere transmitir. Por ejemplo, “la expresión ‘vida eterna’ trata de dar un nombre a esta desconocida realidad (...) Es por necesidad una expresión insuficiente que crea confusión.”¹⁷³ Pero en su raíz se percibe que se trata de una comprensión de la vida en sentido profundo y total, donde la existencia es proyectada en sus posibilidades más altas, superando todas aquellas limitaciones que reducen al ser humano y le impiden desplegar todos los dinamismos que le son propios.

Vivir en plenitud sería llegar a ser aquello que la persona está llamada a ser desde el proyecto de Dios, ser auténticamente humano. La acción de Dios dinamiza la totalidad de la persona, para que de la vida llegue a la plenitud de ella misma, de la finitud se abra a la infinitud, de la limitación se deje proyectar a la eternidad. Precisamente, es a través de la fe que se movilizan todos los talentos y posibilidades humanas para que en la persona se genere un camino de realización plena.

Cuando el relato bíblico de la creación afirma que la persona ha sido creada a *imagen y semejanza* de Dios (Cfr. Gn 1, 26), implica que el germen de la eternidad también le ha sido participado. Si el ser humano se reconoce imagen de su Creador, la salvación se

¹⁷² Benedicto XVI, *Spe Salvi*, # 11.

¹⁷³ *Ibid.*, # 12.

concreta en la realización de este proyecto divino para el hombre a lo largo de su existencia, y que lo abre a la posibilidad de la eternidad como plenitud del ser.

Se trata, en última instancia, de participar de la realidad divina. El Dios eterno nos ofrece gozar de su propia vida, nos introduce en su misterio de amor y eternidad, donde se hace posible

*el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza, y nosotros abrazamos la totalidad (...) Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría.*¹⁷⁴

Esto implica que “la vida no es el simple producto de las leyes y de la causalidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor,”¹⁷⁵ y que es el que posibilita dinamizar la existencia más allá de la contingencia, superando el pecado y revelándole al ser humano que lo que su corazón presiente y anhela se resuelve en Dios como origen y meta de todo lo creado.

Dada la limitación del lenguaje y la manera en que se comprende al ser humano en la actualidad, se corre el peligro de caer en los reduccionismos. La vida en su sentido más alto no se limita al desarrollo de capacidades, sino que se identifica con un estado integral de plenitud, que abre una perspectiva de realización humana más amplia, en sentido trascendente, en cuya base está lo que anteriormente denominamos como *encuentro con el Misterio*. “Y es necesaria la apertura a un misterio último de la realidad, que supere el

¹⁷⁴ Ibid.

¹⁷⁵ Ibid., # 5

como positivista del mundo actual (...) y poner nombre a eso último, Padre, Madre, sin quitarle lo que tiene de inmanipulable e inefable, Dios.”¹⁷⁶

Precisamente esa reducción de la realización humana a la adquisición de destrezas y capacidades, a la acumulación de bienes y a una búsqueda individual de la comodidad, ha generado al interior de la persona una sensación de vacío, una insatisfacción y una desarticulación caótica de su existencia. No se trata de una búsqueda narcisista, en la que se pretende la autorrealización y autosatisfacción, sino la búsqueda honesta de sentido profundo. Se trata de pretender hallar el fundamento de la propia existencia, la piedra de toque sobre la que se sostiene el proyecto de vida humano y, que a la vez, lo impulsa; el centro de gravedad que le da unidad y armonía al conjunto de dinámicas vitales que operan al interior de la persona.

3.1.5 Jesucristo plenitud de la salvación

Como ya dejamos planteado anteriormente, para Israel su historia fue una constante revelación del designio salvífico de Dios. El pueblo judío se percibe en la permanente presencia divina que actúa a su favor, que lo protege, lo libra y lo conduce. Para los contemporáneos de Jesús, esta historia de salvación encuentra su punto más alto en su persona. Reconocer en Él al Verbo encarnado, implica que la preocupación de Dios por la humanidad llega al extremo de asumir la misma condición de fragilidad.

*Dios, el Altísimo, para ser Dios de salvación, se ha abajado, y doblemente. Se ha abajado a la historia: es ‘el abajo’ con relación a la trascendencia. Y se ha abajado a la sarx: es ‘el abajo’ dentro de la historia. La trascendencia se hace así trans- descendencia, cercanía benévola, y con- descendencia, acogida cariñosa.*¹⁷⁷

¹⁷⁶ Sobrino, Jon. *La salvación que viene de abajo*, 36.

¹⁷⁷ *Ibid.*, 31.

Si la historia israelita venía evidenciando una predilecta cercanía amorosa de Dios, en Jesucristo el Padre rebosa las mismas expectativas humanas, y se abaja hasta el punto de experimentar la limitación de la carne, y todo lo que ello implica.

El acontecimiento de la encarnación es luz y respuesta a los interrogantes e inquietudes que se generan en el ser humano, al plantearse la posibilidad de que desde su finita condición humana sea posible abrirse al Misterio de Dios, y realizarse en sus más profundos anhelos. “El Hijo se hace hombre para salvar al hombre, es decir, para ayudarlo en la tarea de realizarse, para potenciar su impotencia, para realizar su esperanza, para llenar su capacidad de infinito.”¹⁷⁸

Dicha cercanía, nos es simple simpatía, sino efectiva salvación desde dentro del corazón humano.

*Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos. Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida.*¹⁷⁹

El Dios humanado en Jesucristo, traza con claridad el camino que debe recorrer toda persona para ganar la vida: salir del propio egoísmo hacia el otro, movido por el amor incondicional del Padre. Sólo quien asume el amor como criterio definitivo de su actuar, es capaz de experimentar la novedad de la vida divina que plenifica desde dentro para transformar y movilizar la vida hacia fuera: hacia Dios y hacia el prójimo.

La fidelidad a esta convicción es la que hace posible y real la soberanía de Dios como transformación del individuo y la realidad en proyección a la eternidad. Fue esta fidelidad

¹⁷⁸ Torres, *Recuperar la salvación*, 179.

¹⁷⁹ Benedicto XVI, *Spe Salvi*, # 6.

la que llevó a Cristo a la cruz, pero a la vez la que posibilitó su resurrección como total y definitiva transformación y salvación de la creación.

*El centro, pues, del designio salvador de Dios es Jesucristo, quien por su muerte y su resurrección transforma el universo y hace posible el acceso de los hombres a su verdadera plenitud humana. Esta plenitud abarca al hombre en su totalidad: cuerpo y espíritu, individuo y sociedad, persona y cosmos, tiempo y eternidad. Cristo, imagen del Padre, Dios-hombre perfecto, asume la existencia humana en todas sus dimensiones.*¹⁸⁰

El relato del padre misericordioso (Lc 15, 11- 32), puede iluminarnos para comprender el verdadero sentido de la salvación desde el Dios de Jesucristo. Cuando el hijo menor decide irse de la casa y lleva consigo su parte de la herencia que es derrochada, vive una experiencia de muerte, de dispersión y desintegración que lo saca de sí, es decir, termina por perder la conciencia de su propia vida y dignidad. Cuando el muchacho “entra en sí (Lc 15, 17), recupera la conciencia de la realidad que está viviendo, y percibe cómo el pecado lo ha llevado a un nivel de deshumanización y degradación de su propia existencia. Su fragilidad es llevada al límite de la muerte, pero a la vez reconoce que en la casa del padre es posible vivir de una manera distinta, allí se puede recuperar la dignidad, vivir mejor y reabrir un horizonte de realización.

Cuando el hijo menor, sin dinero y totalmente desecho, regresa a casa, su padre se alegra y hace fiesta porque el muchacho ha vuelto “sano” (Lc 15, 27), “había muerto y ha vuelto a la vida” (Lc 5, 23). La parábola nos pone frente al corazón mismo de la salvación que nos viene de Dios Padre: un amor infinitamente misericordioso que es capaz de devolver la salud y la vida a la persona. Para Jesús, el don divino por excelencia para el ser humano es la vida, pero no es cualquier vida, es la vida saludable, la vida en abundancia que permite a la persona ser lo que debe ser, y que muchas veces se ve obstruido por el pecado.

¹⁸⁰ Documento de trabajo preparatorio a la Conferencia de Medellín, en Signos 210 b. En: Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 197.

La salvación es entonces toda acción de Dios para devolverle al ser humano su vida, y que ésta se proyecte hacia el infinito, es decir hacia Dios mismo. Ante la tragedia del pecado que pierde, mata y obnubila la conciencia, se abre ante el ser humano la posibilidad de recuperación, de vida y sentido de la realidad, en la que es Dios mismo quien sana, quien ilumina y plenifica. Jesucristo es plenitud de salvación en cuanto propone y genera un nuevo orden existencial, tanto personal como comunitario, en el que es posible y real llegar a unas condiciones para la realización plena de la persona, en orden a construir el Reino de Dios.

3.2 Humanización y Salvación

Como hemos recordado, la integralidad de la persona es un alcance, que como humanidad hemos ido buscando y construyendo... aunque no siempre, pues la ruptura entre una y otra dimensión ha sido también problemática a lo largo de la búsqueda de la humanización. Para la acogida de una concepción humanizadora como la que planteamos, ha sido fundamental la vuelta a algunas raíces bíblicas en donde hallar orientaciones concretas acerca de cómo cada ser humano está llamado a vivir y a realizarse en libertad y amor.

De hecho, durante mucho tiempo se ha trabajado el concepto de integralidad, el cual parte del necesario reconocimiento de una pluridimensionalidad de la persona. Como hemos podido constatar, en la vida humana se perciben diferentes rasgos, identificados como dimensiones, que favorecen el desarrollo de un determinado sector de la vida. Es aquí donde radica la diversidad y riqueza del ser humano, pues cada dimensión lo abre a un horizonte infinito de posibilidades, que se amplía aún más cuando estos se conjugan.

Así, reconciliarse con cada una de nuestras dimensiones, resulta tarea fundamental en la búsqueda de la integralidad personal, lo cual nos va orientando hacia la construcción de una espiritualidad creíble. Concretamente estamos llamados a integrar y desarrollar nuestras posibilidades físicas, intelectuales, sociales, psicológicas, afectivas, religiosas, proyectuales y demás aspectos existenciales que acompañan nuestro vivir. Pero aquella

integralidad, se enriquece mucho más cuando lo que somos es ofrecido al mismo Dador de la vida.

Por lo anterior, la salvación como realización, no se comprende únicamente como camino de perfección humana en sí misma, como una búsqueda del hombre sobre sí, sino que es el resultado de haber orientado y articulado toda la vida hacia lo definitivo, de haber sido capaz de mirar por encima de la finitud y la limitación, para atisbar un nuevo horizonte; es haberse lanzado a la búsqueda del sentido último de la propia vida y haber puesto la existencia en constante tensión hacia lo definitivo.

Y al comprender esta unificación de vida creyente, encontramos que el evangelio, lejos de apartar al hombre de la edificación del mundo, le empuja hacia esta tarea con mayor energía. Y lo hace, asumiendo vitalmente desde ahora los valores del Reinado de Dios, con los cuales es posible la perfección humana y la renovación de la realidad. Para ello Cristo se presenta como el referente siempre actual, quien una vez resucitado no sólo despierta el deseo del mundo futuro, sino también el propósito de hacer más humana la vida presente. La esperanza en el nuevo cielo y la nueva tierra no nos dispensa de trabajar por la transformación del aquí y ahora, donde acontece la historia y se inicia la salvación.¹⁸¹

En este sentido, para el hombre que ha asumido el seguimiento de Jesucristo, no trabajar por la realización de la salvación significa, como nos recuerda el Vaticano II, descuidar las tareas temporales o sumergirse en ellas sin referencia alguna a la vida, bajo el pretexto de la espera de una salvación que se obrará automáticamente. Al contrario, la propuesta del evangelio nos impulsa a dedicarnos a las actividades de la vida ordinaria como posibilidad de realización y concreción del reinado de Dios, y es por esta necesaria unión entre la naturaleza y la gracia que podemos afirmar que fuera de lo humano no hay salvación.

Esta comprensión conjunta y articulada de la totalidad de la realidad humana nos permitirá captar cómo, al fondo de la salvación, subyacen procesos de humanización. Y así como la

¹⁸¹ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 39.

realización humana no opera por el simple hecho de que se constate en el ser humano una serie de posibilidades y dinamismos, la acción de la Gracia tampoco puede hacer efectiva la salvación de manera unilateral. Se hace necesaria una dinámica existencial capaz de movilizar al interior de la persona estas posibilidades.

Pero a la hora de definir al ser humano, no podemos pretender reducirlo a la suma de una serie de rasgos, como quien intenta armar un rompecabezas juntando una ficha con otra. La integralidad, como reconocimiento de las diversas manifestaciones del sujeto en la realidad, debe dar paso a la unificación, es decir, a la puesta en movimiento de todas las dimensiones alrededor de un centro unificador. Esto implica comprender la existencia humana como un proyecto de realización, que se articula y dinamiza a partir de un núcleo esencial de sentido.

Como menciona Garrido, cuando, como creyentes, nos referimos a madurez humana y equilibrio, a libertad interior y autorrealización, en última instancia, nos referimos la unificación. Estamos indicando la necesidad de un proceso de articulación de la vida en Dios, desde la construcción de una personalidad integral, quien la posibilita desde el acontecimiento del Verbo encarnado. Esto implica, además de la acogida de la Gracia, un constante compromiso de asumir con libertad y responsabilidad la construcción de la propia vida y la propia historia, en continuidad con el proyecto salvífico de Dios.

El proceso de unificación tiene que ver necesariamente con la transformación del creyente, manifestada en signos de crecimiento que acontecen a lo largo de su vida y experiencia personal, y los cuales tienden a consolidar la unidad e identidad del ser humano capacitado para amar y para vivir como un ser auténtico que “toma la vida en sus manos como algo suyo, irreductible, y no subordina su libertad intransferible a ningún sistema de seguridad, por más garantías de objetividad que este pueda tener.”¹⁸²

¹⁸² Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 113.

Nuestro mayor alcance será que aparezca claro cómo la Gracia, actuando en Dios y desde Dios, humaniza, y no sólo porque desarrolla la vocación última del hombre, la unión con Dios, sino porque cura, integra y unifica la finitud en y desde sus propios dinamismos intramundanos.¹⁸³ En este sentido es posible hablar de *madurez humana y equilibrio, de libertad interior y autorrealización*, de humanización y salvación como elementos que se complementan y enriquecen mutuamente; que exista el uno sin el otro indicaría claramente un espiritualismo desencarnado lejano a la propuesta de espiritualidad cristiana.

3.2.1 Jesucristo modelo de humanización

Nuestra vida espiritual, podrá realizarse siempre que acojamos el gran regalo del Padre, manifestado por su Espíritu, el cual nos identifica con Jesús como camino, verdad y vida, es decir, con el Jesús que nos llama a vivir como hijos de Dios, el que nos impulsa a renunciar a nuestras falsas expectativas para acoger las del Padre, y el que nos da vida para amar y entregarnos a los demás.¹⁸⁴

De aquella dinámica, es testimonio real y concreto Jesucristo mismo, quien comunica la realización plena ansiada por la persona humana, y quien nos convoca hacia su seguimiento con el fin de que experimentemos la vivencia de la fe que nos lleva a comportamientos constructores de sociedad y de Reinado de Dios¹⁸⁵; todos aquellos, como hemos visto, son comportamientos encausados hacia la salvación.

Quien sigue a Cristo, Hombre Perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre. De hecho no hay ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre con la seguridad que comunica el Evangelio de Cristo. Es cierto que aunque el mismo Dios es Salvador y Creador, y es Señor de la historia humana y de la historia de salvación, sin embargo, en la ordenación divina la justa autonomía de lo creado,

¹⁸³ Cfr. *Ibid.*, 48-49.

¹⁸⁴ Cfr. Quinta Conferencia Del Episcopado Latinoamericano, # 137.

¹⁸⁵ Cfr. Nova, *Una perspectiva Latinoamericana de la teología moral*, 68.

y sobre todo del hombre, no se suprime, sino que más bien se restituye a su propia dignidad y se ve en ella consolidada.¹⁸⁶

Por lo anterior, hagamos conciencia que quizá, no hemos sabido presentar de manera integral la Buena Nueva de Jesucristo, la cual es esencialmente un proyecto de realización de la persona, de despliegue de todas sus posibilidades, de vida en abundancia, de madurez en el amor. Reconozcamos que no siempre hemos vivido la verdadera espiritualidad cristiana, caracterizada por estar encarnada en la vida misma, por estar animada por el Espíritu, y por contar con la actuación de las potencialidades más significativas del sujeto creyente, cuyo referente principal ha de ser el Verbo hecho carne.¹⁸⁷

“El seguimiento de Jesús implica para todos el compromiso de una misión, para lo cual como el maestro, es necesario acampar en la historia humana y desde allí dar testimonio del amor del Padre.”¹⁸⁸ La espiritualidad cristiana se concreta en la vida de cada mujer y hombre que decide asumir el seguimiento del Mesías en y desde su propia historia, con signos concretos de transformación personal y social.

Jesús, en obediencia a su Padre, se encarna en la realidad humana desde lo más íntimo de su ser, al punto que se convierte en motivo de salvación para la humanidad.¹⁸⁹ Con ello somos conscientes que todo cuanto hacemos está fundamentado en Jesucristo, y que Él es el criterio para el perfil de nuestra personalidad y la de toda la humanidad.

Hablamos de una encarnación, que vivida desde el evangelio significa, además de tomar un cuerpo y un estilo de vida, meterse en una cultura, asumir un lenguaje y una escala de valores, así como un tipo específico de relaciones y una manera particular de comprender a los demás. Una encarnación que pide al creyente implicarse de manera profunda en la historia de las personas, haciendo propios sus padecimientos, opresiones y esperanzas. Y

¹⁸⁶ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 41

¹⁸⁷ Cfr. Vidal, *Moral y espiritualidad*, 32. Cfr. Benedicto XVI, *Dios es amor*, # 17.

¹⁸⁸ Gutiérrez, *Beber*, 59.

¹⁸⁹ Cfr. Novoa, *Una perspectiva Latinoamericana de la teología moral*, 67.

hablamos de un seguimiento que nos lleva a buscar la liberación de toda injusticia y opresión en el conjunto de las dimensiones que conforman la persona y la sociedad.¹⁹⁰

Cada uno de estos elementos concreta la manera como nos podemos encarnar en la historia de la humanidad, según el ejemplo de Jesucristo. Y esto porque desde el Nuevo Testamento la vertiente moral del cristianismo está radicada en el universo de la fe, cuya novedad no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma del Hijo de Dios¹⁹¹, y porque ella misma se manifiesta en un compromiso vinculado a la experiencia espiritual. Además, porque para la nueva comprensión teológica expresada en el Vaticano II, no cabe separación alguna entre moral y espiritualidad.¹⁹²

De hecho, nuestra propuesta invita a la necesaria toma de conciencia de que a lo largo de la historia nos hemos inclinado más por el ideal que por la realidad, olvidando así el ejemplo del Salvador. He aquí el centro del asunto en cuestión: dar apertura a una nueva manera de concebir la espiritualidad, una concepción que no parta exclusivamente de una propuesta salvífica que se realiza desde arriba, sino desde dentro de la condición humana, no únicamente desde ideales superiores sino también desde lo que somos y podemos alcanzar en nuestra carne, guiados por el ejemplo de Jesús y movidos por el Espíritu de Dios.¹⁹³

Esta nueva manera de concebir la espiritualidad, nos ayudará a salir de la tentación de asumir los temas de la fe como algo imaginario, y nos permitirá devolverle al Mesías el carácter humano y de realidad que le es propio. Con ello respondemos a necesidades como: devolver a la fe el rostro humano que le fue dado por el Señor; recuperar en nuestros estilos de vida la encarnación o humanización de Dios, como la mayor expresión de la revelación de su designio salvífico. Avocamos la urgente necesidad de integrar y unificar, en la vida de todo creyente, su proceso de humanización con su experiencia de fe, como único proyecto de realización y salvación.

¹⁹⁰ Cfr. *Ibid.*, 68-69.

¹⁹¹ Cfr. Benedicto XVI, *Dios es amor*, # 12.

¹⁹² Cfr. Vidal, *Mora y espiritualidad*, 67 – 68.

¹⁹³ Cfr. Garrido, *Ni santo ni mediocre*, 172. Cfr. Benedicto XVI, *Dios es amor*, # 17 – 18.

Hemos argumentado de manera sencilla, que el referente de nuestra humanización la encontramos en Jesucristo. En Él vemos vida y realización y cómo se soluciona el problema de la espiritualidad cristiana, en tanto es su persona la que refleja nuestra más profunda sensibilidad espiritual, y la que nos permite superar una visión de santidad angélica desencarnada de la condición humana.¹⁹⁴

En el Verbo encarnado nos es posible contemplar lo auténticamente humano y divino, que consiste en amar y ser amado, en amarse a sí mismo y a los demás; más concretamente, notamos que es por el ejemplo de Jesús, que podemos captar a fondo nuestras propias esperanzas y angustias, a la vez que proponer respuestas adecuadas a éstas.¹⁹⁵ Queda claro que en Jesucristo se nos revela lo auténticamente humano, así como la plenitud de la salvación, lo cual nos permite reconocer que fuera de lo humano no hay salvación.

3.2.2 Valoración de lo humano en el seguimiento de Jesús

Para nuestra búsqueda, es importante recordar que así como la evangelización y la catequesis, propias del camino de la espiritualidad cristiana, implican procesos de crecimiento en el amor, también la humanización demanda una serie de procesos de formación integral. Olvidar esta realidad podría llevarnos a que en las personas se configure una idea distorsionada de la experiencia del seguimiento de Jesucristo, en la cual influyen tanto la acción del Espíritu como la respuesta procesual del creyente.

Además recordemos que Dios no realiza su Reino en la historia poniéndolo al lado o encima de lo que el creyente hace desde sus posibilidades, sino que actúa contando con las personas, integrando en su propia iniciativa la de cada ser autónomo y libre en el amor; siendo claro que la continua llamada de Dios y la respuesta humana tienen una estrecha relación que confluye en la búsqueda continua de la realización y la salvación.¹⁹⁶

¹⁹⁴ Cfr. Garrido, *Ni santo ni mediocre*, 119.

¹⁹⁵ Cfr. Novoa, *Una perspectiva Latinoamericana de la teología moral*, 36.

¹⁹⁶ Cfr. Garrido, *Ni santo ni mediocre*, 83 – 92.

Partiendo de una adecuada valoración y profundización de lo humano, se reconoce la necesidad de una plataforma antropológica para que la experiencia de seguimiento de Jesús sea liberadora, integradora, unificadora y salvadora; para que en la vivencia de la fe, podamos hablar de procesos de humanización, a la vez que de espiritualidad cristiana.¹⁹⁷

Desde el camino desarrollado, hemos explicitado que la experiencia propuesta por Jesucristo, en quien la naturaleza humana ha sido levantada a una sublime dignidad, debe manifestarse también en la transformación de la persona que se realiza en la historia, para lo cual es condición necesaria la acción humana, como respuesta a su seguimiento.¹⁹⁸ Vamos entendiendo, entonces, que crecer humanamente desde la vivencia de la espiritualidad cristiana consiste en responder con la adhesión personal al llamado de Jesucristo, desde lo más íntimo del corazón y de manera consciente y libre.¹⁹⁹

Ahora bien, ubicados en esta orientación de pensamiento, debemos ser conscientes que cuanto mayor sea nuestra capacidad de auto-comprensión, tanto mayor será la posibilidad para crecer humana y espiritualmente en condición de discípulos del Señor. Ello implica el necesario itinerario de un proceso que enriquece nuestra condición humana y espiritual, en el que debemos ir entendiendo y viviendo etapas propias de nuestro ser de personas, tales como el reconocimiento de sí, la aceptación de cuanto somos, el asumirnos y confrontarnos, el integrarnos y unificarnos en el encuentro entre nuestro proyecto de realización y la propuesta de realización que nos hace Dios en su Hijo.

En este sentido la humanización se refiere a una espiritualidad liberadora, en la que es notorio el carácter de búsqueda autónoma y creativa, elementos propios del seguimiento de Jesucristo; experiencia en la que juega un papel fundamental el discernimiento del creyente para favorecer claridad, respecto del querer de Dios para cada mujer y hombre. Como fruto de dicha claridad, debemos percibir en nuestra propia humanidad, comportamientos acordes al seguimiento de Jesús, tales como el amor y el servicio, el afecto comprometido

¹⁹⁷ Cfr. Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, 28. Cfr. Benedicto XVI, *Dios es amor*, # 5.

¹⁹⁸ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes* #s 3. 9. 10.

¹⁹⁹ Cfr. Quinta Conferencia Del Episcopado Latinoamericano, # 136.

con la persona humana y la causa de los desposeídos, la generosidad en el trabajo a favor de la construcción del Reinado de Dios, la solidaridad en cada contexto y situación, y la búsqueda de la fraternidad en las relaciones interpersonales.²⁰⁰

Valga resaltar, que en el acto concreto del discernimiento anteriormente mencionado, existe la conjugación entre la acción de Dios y la acción del ser humano, por lo cual podemos decir que el discernimiento es un acto divino y humano, así como personal y comunitario; discernir es justamente encontrar el vínculo o la convergencia entre el designio salvífico y la acción humana aquí y ahora.²⁰¹ Recordemos que dicho vínculo es el amor, en el cual hemos reconocido tanto un rasgo fundamental de la humanización, como el principio fundamental de la espiritualidad cristiana, ya que cumple una función vital en la construcción de la humanización asumida de hecho, y la cual es presentada como don y tarea en la propuesta del Reinado de Dios.

El discernimiento cristiano, puede entenderse además, como el proceso de búsqueda libre y creativa de la voluntad de Dios, por parte del creyente, en su historia personal y social; y desde otro punto de vista, el discernimiento forma parte de la estructura ética del sujeto, pues se relaciona directamente con su responsabilidad, a la vez que se sitúa en el ámbito de sus opciones fundamentales, implicando el ejercicio de su conciencia a la luz del Espíritu.²⁰² Es por eso que nuestra Iglesia nos recuerda continuamente que “hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias.”²⁰³

Nos referimos entonces, a una espiritualidad cristiana que compromete al creyente con la búsqueda de la promoción humana integral en lo cotidiano de la vida, razón por la cual asumimos que el desenvolvimiento del proyecto cristiano implica el proceso de realización de la persona humana. Expresamos esto con convicción porque creemos que “el misterio

²⁰⁰ Cfr. Novoa, *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral*, 99. 134 – 137.

²⁰¹ Cfr. *Ibid.*, 100.

²⁰² Cfr. *Ibid.*, 100 – 102.

²⁰³ Quinta Conferencia Del Episcopado Latinoamericano, # 139.

del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado.”²⁰⁴ Siendo así que un discernimiento animado por el seguimiento de Jesús, debe desembocar en acciones que busquen el crecimiento personal y comunitario en el proceso creyente, que todo bautizado está llamado a vivir, el cual ha de caracterizarse por el amor y el servicio en búsqueda de transformaciones reales y cotidianas.

Más aún, afirmamos todo aquello porque proponemos asumir el llamado del evangelio desde un proceso vital y humanizador, el cual implica itinerarios graduales y pedagógicos (significados, valores, actitudes, experiencias), que nos lleven al acierto de crecer integralmente desde un adecuado proceso de madurez humana y desde nuestro camino de seguimiento de Jesucristo, en una síntesis en donde intervienen tanto la fe, la esperanza y el amor, como cada una de las virtudes morales de nuestra realidad.²⁰⁵

Queda claro que existe la necesidad de correlacionar las mediaciones humanas con el llamado de Dios en Jesucristo, para así generar una espiritualidad cristiana humanizadora, que no parte únicamente de deseos, sino también de la realidad humana predispuesta para la acogida de caminos de salvación.²⁰⁶

Nuestra propuesta ha venido siendo el afirmar con argumentos, como los aquí planteados, que fuera de lo humano no hay salvación, entendiendo así que ideal cristiano y realidad humana no pueden seguir siendo entendidos como elementos yuxtapuestos, sino como camino de crecimiento en el que lo humano, en relación con la llamada divina, se complementan y hacen una única realidad cristiana.

De esta manera, hablar de humanización y de vivencia cristiana como posibilidades de realización de la persona, tiene una implicación directa que se refiere a la atención a aquellas realidades, de tal manera que en la vida cotidiana de los creyentes, el crecimiento humano signifique crecimiento espiritual, a la vez que éste lleve al crecimiento humano. El

²⁰⁴ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Gaudium et spes*, # 22.

²⁰⁵ Cfr. GARRIDO, *Ni santo*, 37 – 38. 225 – 229.

²⁰⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Gaudium et spes*, # 21. 43.

uno sin el otro sería sencillamente una pretendida y falsa realidad, sería, desde la perspectiva del seguimiento de Jesús, una vida llena de inconsistencias y de inautenticidad, en donde la vida espiritual queda desligada de la praxis ética de las personas.

Entendiendo así la integración y la unificación del creyente, podemos de manera decidida, apostarle a una autenticidad construida desde la vivencia de un proceso, el cual nos ayude a superar la tendencia a considerar la acción del Espíritu solo en su dimensión extrínseca, a la vez que a buscar la convergencia entre la acción divina y la acción humana, pues como hemos mencionado, es propio de Dios revelarse en la historia y salvar a través de lo humano.²⁰⁷

3.2.3 Valoración de lo real y de la historia en el seguimiento de Jesús

Nos debe ser claro entonces, que el llamado explícito y profundo para un creyente, es ir haciendo realidad el Reinado de Dios en su propia historia, según el ejemplo de Jesucristo. Lo cual significa asumir la vida como reto, confiando totalmente en Dios, a la vez que ofreciendo lo mejor de sí a favor de la realización de la felicidad y el amor en medio de la humanidad. Desde esta perspectiva, es real que nuestra realización pertenece también a la dimensión histórica, la cual implica nuestra acción en el tiempo y el espacio.²⁰⁸

El reto que estamos planteando pretende, entre otras cosas, reasumir lo que se ha denominado espiritualidad de lo cotidiano, en donde la vivencia cristiana no está fuera de la vida y de la historia de las personas, sino precisamente al interior de aquellas realidades para luchar a favor de la justicia social, cultural, económica y política; así como para ejercer una praxis creyente que consiste en seguir a Jesús encarnándose y asumiendo radicalmente la historia en el proceso de su transformación.²⁰⁹

²⁰⁷ Cfr. Garrido, *Ni santo ni mediocre*, 86 – 91.

²⁰⁸ Cfr. Novoa, *Una perspectiva Latinoamericana de la teología moral*, 49 – 52.

²⁰⁹ Cfr. *Ibid.*, 28 - 29. 48 – 49.

Como se ha venido reflexionando, queremos guiarnos por una concepción de espiritualidad que se vive en la realidad concreta de la historia. Esto supone basarnos en una comprensión del ser humano que permita alcanzar la realidad biográfica del creyente, así como referirnos a situaciones del presente histórico, a fin de asumir la realidad concreta de quien se implica en el seguimiento de Cristo.²¹⁰ “En la raíz de toda espiritualidad hay una experiencia determinada, hecha por personas concretas viviendo un tiempo preciso.”²¹¹ Según esta orientación de pensamiento, es la persona concreta, ubicada en la historia, enmarcada dentro de una situación existencial particular, la que asume la praxis vital del evangelio, y como Jesús, intenta corresponder a la voluntad del Padre, bajo la guía del Paráclito.

De esta manera, el desafío espiritual y de madurez humana para un creyente, consiste básicamente, no en vivir de ideales, sino en asumir la realidad como un ideal, llegando a percibir, en su persona, un crecimiento integral simultáneo y constante, que le permita experimentar un proceso unificador entre la fe y la existencia real, y que por ello, dinamice en él un camino de transformación.

Se trata de remitirnos al ejemplo de Jesucristo para aprender a descubrir lo absoluto en lo relativo, se trata de encontrar en medio de la ambigüedad y la polivalencia, en medio de la densidad propia de la humanidad, aquellos valores morales que ninguna espiritualidad desencarnada podrá sacar a la luz.²¹² Lo que creemos y sabemos es que la verdad del Absoluto pasa por la verdad de lo humano, pues es allí donde se puede percibir y experimentar la realidad divina; otro tipo de interpretaciones seguramente son válidas pero siguen siendo idealistas.²¹³

Este planteamiento responde a que, en ocasiones, como promotores del evangelio, no hemos sabido presentar una propuesta de vida cristiana, en la que la salvación se realiza

²¹⁰ Cfr. Vidal, *Moral y espiritualidad*, 33.

²¹¹ Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, 53.

²¹² Cfr. Garrido, *Ni santo ni mediocre*, 315.

²¹³ Cfr. Vidal, *Moral y espiritualidad*, 33.

también aquí y ahora. Por ello, avancemos aludiendo a la realidad de la encarnación, donde nos es posible reconocer que Dios se ha hecho uno de nosotros en Jesucristo, y que quiere para sus hijos, condiciones de vida plena, precisamente desde la historización de valores como la solidaridad, la justicia, la paz y el amor.

3.2.4 La salvación como posibilidad para todo ser humano

Desde lo que hemos intentado plantear, se presenta una cuestión que no podemos evadir. Si la realidad humana es posibilidad de salvación, entonces, la salvación es un don ofrecido a todo ser humano, ya que “es la persona humana la que hay que salvar (...)”²¹⁴ La Gracia, como acción divina en el hombre, no está limitada por la postura doctrinal de la persona, sino por su actitud existencial de apertura y acogida de la acción de Dios en ella, que se realiza en una manera concreta de vivir en sintonía con los valores del Reino, y que dinamiza un proceso de perfección de la propia humanidad.

Pero no siempre la realidad de la salvación se ha comprendido y asumido de esta manera. Como sabemos, la Iglesia apareció, sustancialmente, como la depositaria exclusiva de la salvación. Esta exclusividad, susceptible de ciertos matices que no cambian el esquema de fondo, justificaba que la institución religiosa se considerara el centro de la obra salvadora, y que se presentara, por consiguiente, como un poder frente al mundo. Era ella la encargada de determinar quiénes accedían a la vida eterna, de qué manera se garantizaba su consecución y quiénes estaban excluidos del don divino.

Pero poco a poco, la profundización en el misterio de la fe, ha permitido abrir nuevos horizontes de comprensión. A este respecto resulta clave la postura que asume el Concilio Vaticano II. En la *Lumen Gentium* # 16, dando por superada la formulación “*fuera de la Iglesia no hay salvación*”, se reconoce que la acción divina acontece no sólo en los creyentes, sino en todo ser humano que actúa según su recta conciencia y cuyo proceder está en sintonía con la entraña misma del evangelio. De esta manera, es posible recuperar

²¹⁴ Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 3.

el sentido positivo que encierra en su médula la espiritualidad cristiana en la realización integral y plena de la persona, ya que lo que busca es favorecer una orientación de la existencia hacia la totalidad, hacia la unificación de todo el ser de la persona en Dios.

Como ya expresamos anteriormente, el evangelio es Buena Noticia divina para la humanidad, en cuanto que lo que allí se revela es la manera en que todo ser humano puede acceder a la vida que brota del amor del Padre. Por lo tanto, “se salva el hombre que se abre a Dios y a los demás, incluso sin tener clara conciencia de ello.”²¹⁵

Podemos evidenciar así, que todo dinamismo que favorece la realización auténtica del ser humano es a la vez acontecimiento salvífico. Todo trabajo por garantizar la vida y dignidad de las personas está en la misma longitud de onda del evangelio y sintoniza con su finalidad última.²¹⁶ Por eso, aunque no haya un reconocimiento explícito, es posible que el dinamismo soteriológico de Dios acontezca en medio de circunstancias aparentemente nada relacionadas con la fe.²¹⁷

La dinámica de ofrecimiento gratuito y acogida de la salvación, no se reduce a la identificación oficial con un dogma, sino que es ante todo una experiencia que se concreta en una praxis vital del creyente. Se puede afirmar que se cree, pero la vida concreta puede ser una negación del evangelio.

La búsqueda de la plenitud humana que salva, nos sitúa frente a una perspectiva amplia y profunda, en la que

(...)salvación es vida (superación de las carencias básicas), en contra de pobreza, enfermedad, muerte; es dignidad (respeto a las personas y sus derechos), en contra de irreconocimiento y desprecio; es libertad, en contra de opresión; salvación es fraternidad entre los seres humanos, configurados como familia, lo que se opone a

²¹⁵ Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 196.

²¹⁶ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución Gaudium et spes*, # 34.

²¹⁷ Cfr. *Ibid.*, # 22.

comprenderlos, darwinístamente, como mera especie; salvación es aire puro, que pueda respirar el espíritu para moverse hacia lo que humaniza (honradez, compasión, solidaridad, apertura a alguna forma de trascendencia), en contra de lo que deshumaniza (egoísmo, crueldad, individualismo, arrogancia, romo positivismo).²¹⁸

Comprendido de esa manera, “(...) la existencia humana no es, en última instancia, sino un sí o un no al Señor.”²¹⁹ La salvación es, entonces, la dinámica existencial resultante de la apertura del ser humano a la plenitud, y la acción de Dios que gratuitamente le ofrece esa posibilidad de realización total, tanto en lo personal, como de su contexto vital, para hacer posible el Reinado, como vuelta de toda la creación a la comunión plena con el Padre. Visto así, no hay contradicción entre la búsqueda de la realización del ser humano y el proyecto salvífico de Dios para toda la humanidad.

3.3 A manera de síntesis

Con nuestra labor académica, hemos dejado ver que la salvación es ate todo don gratuito de Dios, que asume la totalidad de la persona y la orienta a un estado de plenitud. También que en la persona de Jesucristo dicha experiencia es realizada en grado absoluto, en cuanto en Él se reconoce una total disponibilidad a la acción divina, un compromiso radical con la causa del Reinado y una fidelidad extrema a la voluntad del Padre. Finalmente que, por el don de la filiación divina, todo creyente está llamado a asumir la existencia en esta misma perspectiva, permitiendo que la totalidad de su ser se vea animada, comprometida y transformada por la Gracia.

La fe, como permanente acogida del ser humano al ofrecimiento de vida y salvación que Dios hace en su Hijo, compromete la totalidad de la persona. Así, a la base de la experiencia creyente, se encuentra la realidad existencial, con todas sus posibilidades y

²¹⁸ Sobrino, Jon. *Fuera de los pobres no hay salvación*, 84.

²¹⁹ Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 196.

limitaciones, y es desde allí que Dios obra y que el ser humano intenta hacer de su vida una respuesta coherente y auténtica en sintonía con el evangelio. Fe y existencia humana no se oponen, ni se niegan, sino que forman parte de un único proyecto de realización humana, que en apertura a Dios, es llevado a sus posibilidades más altas.

Es por ello que el proceso de crecimiento y maduración en la fe, no puede ni debe desconocer los procesos de crecimiento y maduración propios de la condición humana. Cada dinamismo que entreteje la existencia personal es posibilidad de realización del Reino y oportunidad de salvación, que debe ser valorado en su justa medida, articulado con la totalidad de la realidad personal y orientado al seguimiento de Jesucristo.

Asumiendo el paradigma del Salvador, la opción radical por el Reinado debe concretarse en una praxis existencial que de razón de la fe, y que a la vez se evidencie en una conversión personal, comunitaria y de las estructuras hacia los valores del evangelio, es decir, la existencia que se ha sentido interpelada y permeada por la acción divina, no puede menos que orientarse toda hacia Dios.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La realidad humana se revela como un misterio profundo y complejo. En ella convergen diversas dinámicas vitales, que son las encargadas de realizar en la persona todas las posibilidades que le son propias. La puesta en movimiento de esta pluralidad de dimensiones, abre al ser humano a un abanico infinito de horizontes, como proyecto en constante realización.

Este proceso debe darse de modo permanente y equilibrado, o de lo contrario, se correría el peligro de deformar a la persona. Y esto es precisamente en lo que han incurrido algunas corrientes de pensamiento, tanto en el campo filosófico como en el teológico, en las que la riqueza humana ha quedado reducida a unos pocos rasgos, descuidando la totalidad de la persona.

Para que el ser humano sea comprendido y asumido de manera holística, se hace necesario superar estos fraccionamientos en su estructura fundamental, intentando establecer qué es lo que busca y desea como finalidad última de su existencia. Esto es posible cuando al interior de la vida humana se descubre cuál es el centro de gravedad sobre el cual gira la totalidad de la propia existencia, cuando se ha identificado el núcleo esencial de sentido, que es capaz de estructurar y articular, de manera armónica, todas las dinámicas vitales que acontecen en mujeres y hombres.

Este centro unificador de la existencia, no puede ser una idea, un sueño, un objeto, un individuo o un dogma. Debe ser algo capaz de llenar de sentido la vida, que la jalone a un estado de plenitud y le ofrezca algo mejor que lo que puede por sí misma. Se trata de una dinámica existencial que posea la fuerza necesaria para poner todos los dinamismos en movimiento de forma articulada, y lleve a la persona a desarrollar, en su nivel más alto, aquello que la define como tal.

Para el creyente, esta posibilidad se encuentra realizada en Dios, por quien se descubre permanentemente empujado a la plenitud de la vida. El acontecer divino al interior de la persona genera en ella lo que hemos denominado dinámicas salvíficas. Es decir, el Espíritu, como presencia activa del Señor en la historia humana, favorece en cada mujer y hombre, un proceso de plenificación de su propia existencia. Pero para que esta acción de la Gracia sea efectiva, es necesaria una apertura libre y responsable del ser humano, que acoja agradecido el ofrecimiento divino. El compromiso de Dios con el proyecto de realización de la persona se fue evidenciando a lo largo de la historia de salvación. El ser humano se fue descubriendo permanentemente salvado, percibiendo cómo la mano divina se encargaba de conducirlo a la vida.

Esta dinámica alcanzó su punto más alto en Jesucristo. En Él, la divinidad irrumpe en la humanidad, la asume y la plenifica. De esta manera, el Hijo de Dios se convierte en el referente por excelencia para comprender cómo la existencia humana puede ser totalmente realizada desde el horizonte de Dios, sin dar paso a oposiciones, negaciones o imposiciones de una u otra parte. En Jesús el Cristo, la humanidad y la divinidad se concilian de tal manera que se percibe una continuidad y convergencia entre los procesos de humanización y las dinámicas soteriológicas.

Como creyentes, hemos recibido el dato de tradición que la salvación nos es dada en Jesucristo. Esta afirmación brota de la experiencia de los primeros creyentes con el hombre Jesús, quienes experimentaron en Él la salvación de Dios. Esta identificación de Jesús de Nazaret como portador de la salvación divina se da en cuanto que en su persona se realiza una novedad existencial para la humanidad: ser hijos en el Hijo.

Los interrogantes más profundos, que brotan de interior de toda existencia humana se hallan asumidos y resueltos en la persona de Jesús de Nazaret. La búsqueda de un sentido absoluto de la vida, la necesidad de reconciliación y fraternidad, la confrontación con la muerte, la vivencia auténtica del amor y la felicidad, la confrontación con la fragilidad y el mal, todas ellas cuestiones propias de la condición humana, son asumidas en la experiencia

que Jesús de Nazaret tuvo de Dios como Padre, y desde la cual brota una nueva manera de comprender y asumir la existencia, en clave de plenitud.

En Jesucristo se haya salvación, en cuanto en él, como Hijo, se experimenta un total compromiso de Dios Padre con la condición humana, que la dinamiza a la plenitud de sus posibilidades. La encarnación no se limita a la adquisición de un cuerpo por parte de Dios en un hombre llamado Jesús, sino que es una solidaridad con la totalidad de la persona que la cualifica. La encarnación supera la cuna de Belén, para prolongarse a lo largo de toda la existencia de Jesucristo, hasta la resurrección, con la cual queda ratificado el designio salvífico de Dios para sus hijos: la vida eterna, la existencia en plenitud. Cada gesto, cada palabra, cada acto de la vida del profeta de Nazaret es encarnación, es apertura disponible a la acción salvífica de Dios que dinamiza el proyecto humano hacia la experiencia de la comunión divina desde la filiación.

Cuando la teología paulina se refiere a una recapitulación de todas las cosas en Cristo, lo que se intenta expresar es que toda la realidad está llamada a experimentar un estado de plenitud, tal como sucedió en la persona del Hijo de Dios. El acontecimiento Jesucristo es por lo tanto, el camino por el que la humanidad descubre una manera de acceder a una forma de plenitud de la existencia, en el que el don de la filiación divina hace a todo hombre y mujer partícipe del proyecto de Dios en Jesucristo y heredero de su promesa de salvación.

La salvación de Dios para la humanidad se realiza, como aconteció en Jesús, en lo concreto de una historia que se escribe con la vida de cada persona. La acción divina atraviesa la entraña misma de la existencia humana en todo su conjunto, y es desde allí que se le acoge o se le rechaza. Como el Hijo, los hijos de Dios hacen posible una permanente encarnación y solidaridad del Padre con el mundo, cuando todo su ser, todas sus posibilidades y toda su persona está en obediencia- docilidad a su proyecto.

Para la conciencia cristiana, la acción salvífica no es un añadido a su estructura humana, sino por el contrario, es la fuerza que dinamiza desde dentro a la plenitud de su ser y de la realidad que lo circunda. El Verbo se le revela como presencia solidaria, como compromiso con la vida, como apertura al futuro, como principio y fin de su existencia. Cada dinamismo de la vida humana adquiere un valor sagrado, en cuanto es desde allí que Dios opera su salvación en la realidad concreta de la persona. Cuando hay apertura al Espíritu todo es posibilidad, y hasta la misma limitación se convierte en factor de salvación.

Podemos así afirmar, que al centro de la experiencia cristiana, se encuentra una total confianza en las posibilidades del ser humano. De ninguna manera es concebible un seguimiento de Jesús que opaque lo más auténticamente humano, ni que niegue lo que cada persona es en esencia: proyecto de infinito que se realiza en la experiencia totalizante del amor de Dios. La espiritualidad cristiana es, entonces, un camino de realización para toda persona que, reconociendo su limitación creatural, se abra a una búsqueda honesta de plenitud y vida, que se concreta en una praxis vital en coherencia con el evangelio.

Comprender la realidad del ser humano a la luz de sus naturales procesos de humanización que son asumidos y plenificados por la acción de Dios como salvación, nos permite considerar algunos puntos de reflexión, a partir de los cuales podemos confrontar nuestra comprensión de la experiencia de vida cristiana.

Para el cristiano, el ser humano se asume de forma holística, no fraccionable, en el que interactúan diversos dinamismos que le son propios y son expresión de una única realidad personal. Por lo tanto, la apertura de cada creyente a la fe compromete la integralidad de su ser, y a la vez es la totalidad de la persona la que se ve afectada por la acción divina y la experiencia de salvación. Cualquier expresión de dualismo, fraccionamiento o negación de los rasgos que conforman la estructura humana, es obstrucción de la auténtica humanización, negación de la esencia de la espiritualidad cristiana e infidelidad al evangelio.

Lo evidente aquí es que la humanización y la salvación, siendo realidades aparentemente distintas y autónomas, están estrechamente relacionadas, a pesar de que hayamos intentado separarlas durante tanto tiempo. Pero no solo debemos decir de manera simple que van unidas, sino que como educadores y teólogos, nos corresponde acudir a una pedagogía tal que nos lleve a asumir la realización humana y creyente, de manera simultánea, entendiendo la una y la otra como dimensiones diversas de la única vida cristiana.

Esto implica que una adecuada evangelización tiene como punto de partida la realidad humana, y es a partir de allí que se deben generar los itinerarios de formación en la fe. Como hemos constatado, la auténtica vida cristiana no puede separar el crecimiento en la fe y la maduración humana, de la disponibilidad y apertura al Espíritu, ya que todas convergen y se expresan en la única realidad existencial de la persona.

Asumir la espiritualidad cristiana como seguimiento de Jesús nos compromete vitalmente, ya que su persona se convierte, para el creyente y para todo hombre, en la clave de comprensión de su existencia como proyecto humano y divino, y en criterio definitivo a partir del cual se puede establecer en qué medida se ha dado un auténtico proceso de humanización y salvación.

Reconocer y aceptar que Jesús es el Verbo hecho carne, nos pone frente al destino de cada persona desde el plan de salvación. Lo que Dios ha obrado en Jesucristo, es lo que desea realizar en la vida de cada ser humano. La superación del pecado como encerramiento en sí mismo, y la liberación de la muerte como limitación a la continuidad y plenificación de la vida, experiencias que vivió el profeta de Nazaret desde su íntima comunión con el Padre, son también posibilidades para todo ser humano. Jesucristo es plenitud de salvación para la humanidad, en cuanto asumió la totalidad de la condición de mujeres y hombres y la elevó a la dignidad de la filiación divina.

De esta manera podemos comprender que la humanización y la salvación hacen parte de un proceso simultáneo y correlativo. En él convergen la plataforma antropológica y el querer de Dios para el creyente, donde la acción divina no sobrepasa la libertad de quien está siendo transformado, a la vez que tiene como fin la realización total de la persona. Por ejemplo, acciones como la búsqueda, la creatividad y la libertad, vividas desde el Espíritu de Dios, son realidades propias de la humanidad, que integradas al seguimiento de Jesús, posibilitan dar respuestas pertinentes a las exigencias del Reinado de Dios en cada situación histórica.

Cada cristiano y cristiana, que se tome en serio el seguimiento de Jesús, está llamado a comprometerse, desde su riqueza y fragilidad, con la transformación de la realidad, personal y social, asumiendo las actitudes y comportamientos que caracterizaron el ser y estar en el mundo del Hijo de Dios. Los criterios del actuar cristiano, en medio de la historia y sus exigencias, están marcados por la persona del Salvador, de ahí que la dignidad, la vida, la libertad, la reconciliación y la comunión fraterna, son auténticas causas del evangelio y concreción del Reinado de Dios como experiencia de salvación. Todo lo que implique la muerte, la degradación de la dignidad de la persona y la pérdida de la esperanza, es inhumano, negación del evangelio y rechazo de la salvación.

Si la realidad humana es posibilidad de realización y de salvación, entonces, todo hombre y mujer que busque la plenitud de su existencia y contribuya a constituir condiciones de posibilidad para la vida y la dignidad de los demás, está encaminado a la salvación. Toda acción e iniciativa que tienda a favorecer condiciones de vida digna y se oponga a las diferentes manifestaciones de la muerte en la realidad, está en sintonía con el evangelio y por lo tanto favorece, de manera implícita o explícita la realización del Reinado de Dios y la salvación para los seres humanos.

Ante estos tiempos de esquizofrenias, en los que es muy común que la vida vaya por un lado, a pesar de que la fe se oriente hacia otro; en los que se puede pensar de una manera y actuar de otra, una experiencia creyente que involucre y comprometa lo concreto de la vida

del hombre y la mujer se hace urgente y necesaria. Cuando la opción de fe brota como convicción de lo más profundo de la existencia de la persona, entonces se convierte en fuente de sentido, en camino de realización y experiencia salvífica. Sólo así dicha opción puede ser Buena Nueva de Dios para el mundo pronunciada a través de la vida humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro, Juan. *Revelación cristiana, Fe y Teología*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1985
- Autiero, A. *Sexualidad en: Varios Autores, Nuevo Diccionario de Teología Moral*. Ediciones Paulinas, Madrid, 2002
- Baena, Gustavo, SJ- Arango, José Roberto, SJ. *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*. Pontificia Universidad Javeriana, Colección apuntes
- Baena, Gustavo. *Curso de Síntesis Bíblica. Apuntes personales*. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, Licenciatura en teología, Semestre II- 2010
- Barbaglio, G. *Hombre en: Varios Autores. Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*. Ediciones Paulinas. Madrid, 1990
- Benedicto XVI, *Encíclica Deus caritas est, Dios es amor*, Ciudad del Vaticano. Tipografía Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2007
- Benedicto XVI, *Encíclica Spe Salvi*, Tipografía Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2007
- Benedicto XVI, *Exhortación Apostólica Postsinodal Verbum Domini*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2010
- Boff, Leonardo. *Gracia y experiencia humana*. Ed. Trotta, Madrid, 2001
- Boff, Leonardo. *Jesucristo el liberador*. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo. Ed. Sal Terrae. Santander, 1980
- Catecismo de la Iglesia católica. Ed. Asociación de editores del catecismo. España, 1992
- Concilio Vaticano II, Ed. BAC. Madrid. 1967
- Fronsini, Giordano. *La fede e le opere. Le teologie della prassi*. Ed. Paoline
- Galli, Norberto, *Educación sexual*, en Varios Autores, *Nuevo Diccionario de Teología Moral*. Ediciones Paulinas, 2002
- Garrido Javier, *Ni santo ni mediocre*. Ideal cristiano y condición humana. Ed. Verbo Divino. Navarra

- Garrido, Javier. *Evangelización y espiritualidad*. El modelo de la personalización, Editorial Sal Térrea, Santander, España, 2009
- Garrido, Javier. *Proceso humano y gracia de Dios*. Apuntes de espiritualidad cristiana. Sal Terrae. Santander España. 1996
- Gutiérrez, Gustavo. *Beber en su propio pozo*. En el itinerario espiritual de un pueblo. Ediciones Sígueme, Salamanca España, 1985
- Gutiérrez, Gustavo, *Teología de la liberación*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1972
- Herrera, Silvio, Pbro. *La Ética de la Educación en la Sexualidad en: Pastoral Xaveriana, Hablemos de sexo*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Volumen 1 1995
- <http://conferenciaepiscopal.es/index.php/actividades-jornadas-ensenanza/433-manifiesto-por-la-educacion-integral.html>. Consultado el 16 de Abril de 2011
- Kasper, Walter. *Jesús, el Cristo*. Sígueme. Salamanca 1979
- Leon - Dufour, Xavier. *Salvación. Vocabulario de Teología bíblica*. Ed. Herder, Barcelona, 2001
- López Azpitarte, Eduardo. S.J. *Simbolismo de la sexualidad humana*. Criterios para una ética sexual. Editorial Sal Terrae, Santander, España, 2001
- López, Salvador. *Sexo y vida consagrada*. Ediciones Paulinas. Bogotá. 1978
- Meier, John Paul. *Un judío marginal*. Nueva visión del Jesús histórico. Ed. Verbo Divino, Navarra, 1998
- Mifsud, Tony. *Una fe comprometida con la vida*. Espiritualidad y ética hoy, Ed. San Pablo, Santiago de Chile, 2002
- Novoa, Carlos S.J. *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral*. Ed: Pontificia universidad Javeriana. 2009
- Novoa, Carlos, SJ. *Curso de Moral Sexual y Bioética. Apuntes personales*. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Teología. Licenciatura en Teología. Semestre II – 2009

- Ortega y Gasset, José. *Estudios sobre el amor*, Espasa- Calpe, S.A, Madrid, 1973
- Parra, Alberto S.J. *¿Qué es investigar en Teología?* En: Investigar en Teología, Colección Apuntes. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. 2006
- Parra, Alberto S.J. *Textos, contextos y pretextos*. Teología Fundamental. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, 2003
- Peressón, Mario, SDB. *Presentación en: VARIOS AUTORES, Jesucristo Evangelio de Dios para la humanidad*. Ed. Kimpres Ltda, Bogotá, 2010
- Quinta Conferencia General Del Episcopado Latinoamericano. Aparecida. Documento Conclusivo, Ed. CELAM, San Pablo, Paulinas, Bogotá, 2007
- Ratzinger, Joseph. *Jesús de Nazaret*. Ed. Planeta Colombia, Bogotá, 2008
- Ratzinger, Joseph, *Jesús de Nazaret*. Segunda Parte. De la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección, Ed Encuentro, Madrid, 2011
- Sobrino John, *Fuera de los pobres no hay salvación*. Pequeños ensayos utópico-proféticos. Ed. Trotta, Madrid, 2007
- Sobrino, Jon. *Jesucristo Liberador*. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret. Ed. Trotta, Madrid, 1993
- Sobrino, Jon. *La salvación que viene de abajo*. Hacia una humanidad humanizada. Selecciones de Teología, Vol. 47, N° 186. Abril – Junio 2008, p 92 – 100
- Torres Queiruga, Andrés. *¿Qué queremos decir cuando decimos infierno?* Editorial Sal Térrea, Santander, España, Colección Alcance 48, 1995
- Torres Queiruga, Andrés. *Recuperar la salvación*. Para una interpretación liberadora de la experiencia cristiana, Editorial Sal Térrea, Santander, España, 1995
- Torres Queiruga, Andrés. *Repensar la revelación*. La revelación divina en la realización humana. Ed. Trotta. Ferraz Madrid. 2008

- Vidal, Marciano. *Moral y espiritualidad*. De la separación a la convergencia. Ed. Covarrubias, Madrid, 1997